

LARRY WINTERS.
AMENAZA
LATENTE
JOSÉ LUIS
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


Larry Winters
AMENAZA LATENTE
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Hansen "el sueco".—Ingeniero aeronáutico, jefe de un grupo de supervivientes.

Cristina Tege!.—Técnico en reactores de la ciudad de Oasis.

Profesor Weissemer.—Jefe supremo de Oasis.

Jonás, Pierre, Karl, Hans, James. — Hombres de Hansen.

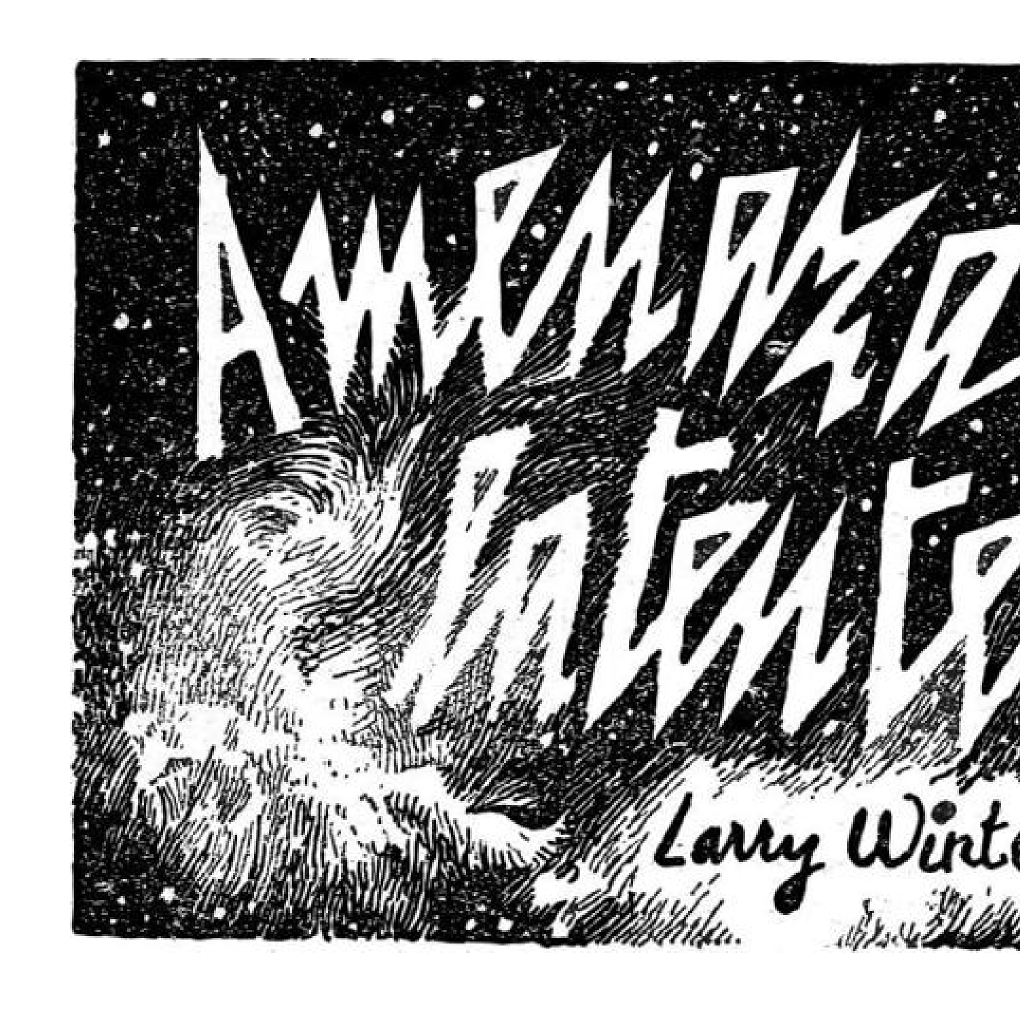
Frank.—Segundo jefe de Oasis.

Ketty Fraser.—Piloto de Ontario.

Coronel Forster.—Jefe de la misión militar de Ontario.

Engle, Festen.—Técnicos de Ontario.

Profesor McAlister.—Experto en astronomía, superviviente escocés refugiado en Oasis.



CAPITULO PRIMERO

UN NIÑO LLORA

EN alto ese detector, Knut! ¡Es demasiado valioso para perderlo!

La exclamación había partido de los labios de un hombre, embutido en amplio capote y con la cara sombreada por la vuelta de pieles de una capucha ante el peligroso resbalón de Knut, un muchacho joven que abría la marcha llevando un contador «Geiger» cuyo repiqueteo marcaba el compás del paso a la patrulla.

Eran sólo seis los hombres de distintas edades que se aventuraban por el páramo desierto y desolado azotado por el

viento del norte, frío y cortante, que les empujaba por la espalda como si quisiera llevarles en sus alas. El que gritara, el jefe, se apresuró a enderezar al joven Knut, sujetándole por el amplio vuelo de su saco de pieles, y luego palmeó en sus lomos con los gruesos guantes.

—Anda con cuidado, hijo —agregó —Ese Geiger vale ahora más que todas nuestras vidas juntas.

Asintió Knut con un movimiento de la cabeza y de nuevo se aplicó en la tarea de abrir la marcha dirigiendo el detector hacia las oquedades del terreno y los montones de rocas sembradas a voleo y esparcidas caprichosamente sobre la superficie. Cruzaban las últimas estribaciones de los montes y, según los cálculos del jefe, aquellas eran las montañas que marcaban la línea divisoria entre Noruega y Suecia, viniendo del norte, aunque ahora su altivez pareciera como segada por una gigantesca guadaña y las altas cumbres se hubiesen derrumbado para desperdigar sus pedruscos por el llano.

El jadeo de las seis respiraciones se confundía con el ulular del viento, pero los hombres hacían frente a la fatiga siguiendo tenaces los pasos de Knut que iba advirtiendo a intervalos:

—Sin rastro de radioactividad. ¡Adelante!

La patrulla había salido en busca de víveres. Desde unos días antes, las provisiones de] grupo que permanecía encerrado en una amplia caverna de la costa de Noruega, a orillas del Mar Glacial, estaban tocando a su fin, y el espectro del hambre que se cernía sobre todos había dado fuerzas a unos cuantos para hacer frente al peligro que suponía un suelo probablemente emponzoñado todavía por las últimas convulsiones de la guerra que soportaron muchos años antes, pero que —ironías del tiempo —semejaba haber terminado la víspera.

—¿No descansamos siquiera unos instantes, Jonás? —preguntó uno de ellos al que parecía mandarles

—No, Pierre —repuso el jefe—. Debemos estar ya dentro de Suecia y está además aquel niño que llora. Hemos de volver cuanto antes y así no sucederá si continuamos descansando como hasta ahora. Adelante mientras Knut no nos indique que hay peligro.

Los nombres y el dispar acento que cada uno empleaba en pronunciar el sueco, pese a los largos años de no servirse más que de dicha lengua, denotaban las distintas nacionalidades de los componentes del grupo. En realidad, solamente eran suecos Knut y Jonás. Pierre era francés; Max y Karl, alemanes, y el sexto del grupo

era un inglés, James. No contaban los apellidos, y era costumbre designarse por el nombre, añadiendo al patronímico el sufijo de la nacionalidad u otra cualquiera de las cualidades que pudiera distinguirlos. Knut era «el muchacho»; Pierre, «el francés»; Jonás, «el viejo»; Max, «el alemán»; Karl, «el rubio», y James, «el de Londres». No necesitaban más datos y en aquella época en que todos procuraban vivir deprisa con ansia infinita de resurrección, hasta los nombres se habían cortado para hacer más breve el tiempo que pudieran emplear en otras cosas.

—Creo que estamos en Suecia —dijo Jonás consultando un viejo mapa—. La antigua frontera quedó atrás.

—¡Mira, «viejo»! —gritó Karl—. ¿Qué es aquello?

A unos quinientos metros de distancia, entre las pálidas humaredas que se desprendían de la tierra para ascender caprichosas al impulso del viento. se alzaba un altozano cubierto en otros tiempos de árboles a juzgar por los troncos carbonizados que lo cubrían. Un desprendimiento de rocas, rodando desde la cúspide hasta el llano, desnudaba un rectángulo blanquecino horadado por la negrura de una puerta.

Enfocando los prismáticos en aquella dirección, Jonás estudió detenidamente el montículo para decir después:

—Pudiera ser un antiguo puesto de mando, ahora abandonado, o tal vez...

Las armas que hasta entonces estuvieran ocultas bajo los sacos de pieles brillaron bajo la luz cenicienta de la mañana.

—Tal vez refugio de otro grupo de supervivientes —apuntó Karl.

—Pueden ser rusos —dijo Knut—. Vayamos con cuidado, «viejo».

—Pronto lo sabremos —repuso animoso Jonás —pienso acercarme hasta allí.

—Y nosotros contigo —añadió James, «el de Londres»—. Podemos hacerte falta.

Desplegados en línea, como si retrocediendo en el tiempo se hallaran de nuevo en la guerra, los seis hombres se aproximaron al montículo procurando ocultarse entre los peñascos, conteniendo la respiración cada vez que sus pasos levantaban gi- mientes chirridos de la tierra removida, o deteniéndose temerosos ante el flujo gelatinoso que arrancaba el contacto de sus manos o sus cuerpos.

—Quietos ahora —dijo Jonás al estar cerca—. Pueden estar observándonos. Tú, Karl, quédate aquí y cubre la entrada con tus balas incendiarias. Si hay que disparar no vaciles en hacerlo aunque

nosotros estemos dentro. Luego procura regresar a la gruta e informar a Hansen «el sueco». El resolverá acerca de lo que haya que hacer en el futuro.

Extremando las precauciones, cinco manchas negras ascendieron por la ladera mirando recelosos en torno suyo. La sola mención de la palabra «rusos» había bastado para levantar en sus pechos un sentimiento de odio no exentó de un temor instintivo. Fueron «ellos» quienes tiempo atrás tuvieron la culpa de cuanto ahora pasaba, y todo aquel que caía en manos de los grupos supervivientes era considerado como un apestado, pese al sentimiento de lástima y desprecio que prestaba el verle tan desamparado y miserable como todos los demás. A ninguno de los rusos —y eran bastantes que convivían con ellos— se les permitía poseer y llevar armas, porque aún estaban vivos los rumores de fuertes grupos, potentes y bien equipados, que buscaron refugio en las tierras frías de Siberia como dejando transcurrir un compás de espera hasta completar la conquista del planeta que entre todos destruyeron.

Si allí adentro los había, si en lugar de fugitivos encontraban tropas, la batalla tornaría a comenzar casi por el mismo punto de antaño, porque los hombres de Jonás no estaban dispuestos a consentir que el oso rojo llevase a cabo el ambicioso proyecto que le condujo a la guerra.

Cruzaron la abertura que hacía de puerta. Estaban ahora en el interior de un «bunker» de hormigón y cemento armado que mostraba las huellas de las explosiones en sus muros agrietados y en las desconchaduras del techo. El polo del detector, Introducido por Knut, no denotó rastro de radioactividad ni siquiera en el fino polvillo que alfombraba el piso.

—Temo que estemos pisando restos, humanos —dijo Pierre—. ¿Me equivoco?

_No, «francés». Este polvillo es el residuo de los hombres, amigos o enemigos, que antaño defendieron este puesto. Es seguro que no pudieron defenderse de la radioactividad o no les dio tiempo para ello.

Nada había en el bunker salvo aquel macabro polvo. Sólo los ojos de Max, brillantes de fiebre, descubrieron la nueva abertura en el fondo del cubículo. Unos peldaños arrancaban de allí perdiéndose en la negrura del subsuelo.

—Otro hombre aquí —pidió Jonás—. Con un arma incendiaria. Que no pierda de vista la abertura y que esté listo para avisar a Karl

en cuanto haya el menor signo de alarma.

Fue Pierre quien se quedó de vigilancia y los cuatro restantes se aventuraron por la escalera, alumbrándose con dos potentes linternas eléctricas.

—Es peligroso, «viejo» —decía Knut, llevando siempre por delante su inseparable Geiger—. La radioactividad permanece más tiempo en las oquedades y aberturas profundas. Si el detector…

— ¡Dios mío! —brotó la exclamación de James—. ¿Estaré viendo visiones? ¡Son víveres!

La escalera había terminado en una amplia habitación subterránea a la cual llegaba el aire por algún conducto ignorado y que estaba atestada de cajas cuyas marcas y etiquetas no dejaban lugar a dudas. Conservas de todas clases, en los típicos envases creados por la ciencia para la guerra, estaban alineadas por millares junto a las paredes Carne, legumbres, jugos de frutas, leche, semillas de plantas que creyeron extinguidas…

— ¡Ese niño se ha salvado! —rezó Jonás, elevando sus ojos a la altura en muda plegaria.

¡Sólo entonces, pasada su excitación, pudieron reconocer detenidamente el almacén. Dos puertas de acero, gruesas y robustas, silueteaban de negro la pared frontera. Una tercera abertura dejaba ver la nueva serie de escalones que descendían aún.

—«Ascensor»,…, «Montacargas»… —leyó Jonás en las inscripciones suecas grabadas sobre las puertas—. Rápido, muchachos —apremió—. Cargad con todos los víveres que podáis y corred hacia nuestra gruta. Este refugio será seguramente mucho mejor que el que habitamos y seguro estoy de que Hansen así lo comprenderá cuando lo sepa. Las conservas nos alimentarán durante más tiempo del que podamos suponer; no están contaminadas porque sus envases se idearon con ese fin. Casa, comida, «confort», hasta cigarrillos… —sonrió—. Dios nos ha escuchado y nuestras tribulaciones tocan a su fin.

—No estaría yo tan seguro, «viejo» —dijo Knut asomando por el hueco de la escalera—. Mientras tú divagabas tontamente he investigado por mi cuenta y temo que nuestras tribulaciones no han hecho más que aumentar después de doce años de soportarlas. Esto está habitado.

—¡No es posible, muchacho. Nos habrían detectado desde mucho antes de entrar y ya los tendríamos aquí.

—Quizás esto te convenza. Venid conmigo.

Todos le siguieron-, descendiendo en silencio los peldaños. La

espiral de la escalera, como caja de resonancia, les permitió escuchar unas palpitaciones ahogadas pero cuyo latir era inconfundible.

¡Un motor! —silabeó Jonás con asombro.

—Sí, un motor —repuso Knut—. Un motor que funciona todavía, doce años después de haber terminado una guerra atómica.

* * *

Hansen «el sueco», acurrucado entre los peñascos que punteaban la entrada de la gruta, se tapó los oídos con las manos para no escuchar el llanto acuciante del pequeñuelo que, sin comprender nada de cuanto le rodeaba, indiferente a miserias y amarguras, reclamaba con desgarradora voz el alimento que su madre no podía darle y que un grupo de hombres salieron a buscar.

Hansen sabía que esto tenía que ocurrir tarde o temprano; aquella muchacha a quien recogieron últimamente, casi en trance de muerte, la misma que gastaba sus últimas energías en prolongar la vida de su hijo de pocos meses y que pareció recuperarse con el trato recibido, tornaba ahora a encontrase en una situación parecida a la de entonces por la escasez de víveres adecuados para el niño. Lo sabía y lo esperaba, pero no pudo soportarlo prefirió alejarse luchando desesperadamente para no dejarse ganar por el descorazonamiento para impedir que lo trágico de aquella situación mordiese feroz en su alma, precisamente cuando comenzaban a dislumbrarse posibilidades remotas de salvación-

Pero los ojos, girando en semicírculo sobre el paisaje, añadían al ánimo nuevas desgarraduras y estremecimientos de angustia contemplando la tierra desolada y yerma, el caótico revoltijo de peñascos y rocas entre las cuales luchaba la vida consiguiendo asomar entre las grietas el verde pálido de unos incipientes matojos. Aquí y allá tendían sus brazos al cielo los troncos carbonizados de los árboles como implorando una ayuda que no llegaba. Vapores gelatinosos se desprendían de los embudos que punteaban el suelo, formando una densa niebla que ascendía rauda hacia lo alto para confundirse con el banco de nubes, plomizas y apretadas, que cubrían el firmamento del uno al otro confín. Todo era gris en el ambiente. Desaparecieron tiempo atrás los alegres verdes de los campos y los prados, el oro fulgurante de las mieses en sazón y la revuelta amalgama colorinesca, alegre y brillante, de los bosques. Desapareció también el azul purísimo del cielo, el blanco algodonoso de. las nubes, el iris simbólico de la luz al descomponerse, el amarillo vivificador del sol...

Todo era gris ahora, pero de un gris purulento y cenizoso, un gris siniestro y fúnebre que hacía resaltar como repugnante lepra las cicatrices y pústulas de la superficie terrestre.

Hansen sonrió amargo. Lo que tenía ante sus ojos era la Tierra, el planeta mejor dotado del sistema solar, el mismo que alcanzara una fase de casi supercivilización, el que estaba casi listo para emprender la conquista de los espacios siderales, la vivienda de millones de habitantes que intentando olvidar que vivían sobre un volcán crearon la ilusión utópica de una felicidad perfecta.

Su egolatría les perdió. De todo aquello quedaba tan sólo una generación escasa y pobre, hambrienta y desolada, enloquecida y muerta, en cuyas mentes comenzaba a tomar cuerpo la idea de responsabilidad común, de culpabilidad absoluta en aquel estado de cosas. El mismo Hansen se había sentido criminal, se lo había llamado muchas veces y se lo repetía ahora escuchando el llanto acuciante del pequeñuelo a quien, en vano Irma «la rusa» arrimaba a su nacido seno, incapaz por otra parte de dar una sola gota de leche.

Año de muerte y desolación aquel 2.023 de la Era Cristiana. Para Hansen caía en la zona de los recuerdos confusos el momento en que todo comenzó; hacía de ello unos doce años, y seis meses bastaron y sobraron para terminar con todo. De labios de su padre, prestigioso ingeniero Premio Nobel de Física, muerto tiempo atrás a causa de la contaminación con las partículas radioactivas de la atmósfera, fue conociendo las circunstancias cuyo epílogo contemplaba ahora.

Sus quince años de entonces sólo vivían para el presente; la civilización y la guerra se habían dado la mano para avanzar por el camino del progreso y súbitamente, como el resplandor de una cerilla encendida en medio de la más viva oscuridad, se había infiltrado el mundo henchido de orgullo ante la brillante época que se avecinaba. Pero su deslumbramiento se extinguió al apagarse la cerilla, y el género humano se vio precipitado hacia el pozo sin fondo del caos.

Hasta entonces, la energía atómica y la electricidad eran los señores del universo. Con uranio y radium se iluminaban y calentaban las casas, se movían motores y vehículos de todas clases y se generaba electricidad que a su vez servía para desintegrar nuevas cantidades de materias radioactivas en una consecución teórica del movimiento continuo. Complicados mecanismos resolvían arduos problemas en beneficio de la ciencia; se había avanzado enormemente por el camino de la Biología y hasta se

hablaba ya de la eterna juventud, último paso a realizar en un futuro próximo. Sirvientes mecánicos efectuaban sin protestas ni fatigas los trabajos más enojosos y pesados, y dejó de ser un problema la alimentación en un planeta superpoblado que según una progresión geométrica multiplicaba eI número de sus habitantes.

Esos eran les recuerdos del Hanseñ niño. Ahora, a los veintisiete años, tenía presente aún el relato de su padre desaparecido. Aquella nerviosa tensión que el siglo XX contemplara ya en los finales de su existencia, se había mantenido latente bajo una artera sensación de amistad. Era un hecho que la tierra se hallaba dividida en dos facciones, Oriente y Occidente, y que era en Europa por donde corría —según la frase más o menos afortunada de cierto político de entonces— «la línea divisoria entre la civilización y la barbarie». El choque entre los dos bandos sólo estaba contenido por el mutuo temor, cosa que daba lugar al equilibrio paradójico de una paz mantenida con ingenios construidos para la guerra.

Y súbitamente, sin conocerse el motivo, una nube de proyectiles radiodirigidos cruzó los aires para abatirse sobre las ciudades de la vieja Europa. No quedó nación sin recibir en su seno el aviso mortal del enemigo, y Occidente se aprestó a la defensa y a la ofensiva mientras las poblaciones se convertían en polvo y las muchedumbres huían enloquecidas en busca de salvación. En los cielos se encendieron las luminarias violáceas y amarillentas de las explosiones atómicas, tembló violentamente el suelo con las sacudidas y se enrareció el aire por la radioactividad.

La familia de Hansen huyó hacia el norte de Suecia, cruzando la frontera para buscar refugio en las zonas polares, en los páramos fríos y desolados en donde la vida era de por sí difícil. No todos tuvieron la misma suerte y la dispersión de la raza humana llevó hasta ellos los desechos de la precipitada carrera. Todos en unos momentos, se habían visto empujados hacia atrás en el tiempo y hecho retroceder millones de años en su civilización. Gentes empavorecidas de horror habían galopado frenéticas, no importaba a bordo de qué medio de locomoción, para ponerse fuera del alcance de las nubes radioactivas que invadían Europa, envenenaban América y Asia, cambiaban el clima de África y originaban cataclismos en Oceanía.

Los supervivientes eran escasos y poco fruto podía sacarse además de sus relatos, incoherentes y confusos, producto de unas mentes alteradas por las escenas de aniquilamiento que se habían visto obligados a contemplar. Nada sabían de batallas, avances o

retrocesos; sólo referían visiones apocalípticas de ciudades y naciones convertidas en polvo impalpable, de millones de seres desaparecidos en la nada. Tampoco eran capaces de designar al agresor, aunque todos coincidían en mirar hacia oriente y maldecirles desesperados...

Seis meses bastaron. Terminó la guerra más por falta de cosas que destruir que por hartazgo de sangre. Y entre el silencio estremecedor y fúnebre que imperaba sobre la faz del planeta se fueron alzando los brotes de vida de los grupos supervivientes, los mismos que antes se contaran por millones y ahora por millares... o quizás centenares. Estaban poco menos que destrozados, y los modernísimos útiles de que disponían eran un nuevo sarcasmo que añadir a su existencia primitiva. Tenían armas, casi todas de aquel último modelo que empleaba proyectiles de vidrio rellenos de «napalm», la gasolina gelatinosa que ya fuera empleada antes en otras guerras y que se combatió por «poco humana» mientras se consentían otros ingenios más terribles y poderosos. Contaban con detectores Geiger para prevenir la radioactividad, emisoras de radio cuyas baterías eran prácticamente infinitas gracias a la diminuta pila atómica que generaba electricidad para sus lámparas, equipos de radar, trajes especiales, instrumentos, libros... Pero habían de sujetarse a un estricto racionamiento alimenticio ante la escasez de víveres, sin que pudieran recoger nada de aquella tierra envenenada por la radioactividad que había borrado de su faz todo signo de vida.

Los hombres y mujeres de ahora, niños y niñas de entonces, intentaron hacer frente a las duras jornadas que les aguardaban. Sus mayores procuraron instruirles acerca de lo que sabían, procuraron sembrar en sus mentes las enseñanzas más necesarias para subsistir. Y la vida siguió adelante, a empujones, entre gemidos de angustia y rabia a lo largo de aquellos eternos doce años, hasta que llegó la hora de asomarse al mundo, pasado el peligro de la contaminación mortal. No todos contemplaron ese día venturoso, y tan sólo un puñado de hombres y mujeres, diseminados en grupos sobre las regiones más inhóspitas del mundo, intentaban la colonización de la tierra muerta.

De uno de esos grupos era Hansen el jefe; un grupo de doscientos seres que ahora se refugiaban en una gruta de la costa norte de Noruega a su regreso de las zonas polares...

— ¡No puedo más! —gimió «el sueco» apretándose las sienes para acallar el feroz taladro del llanto infantil.

¡Hansen!... ¡Hansen!... —

— llamaron desde lejos.

Era Knut, acercándose veloz hacia la cueva y portando en alto como una bandera el paquete de alimentos.

— ¡Dios es bueno! —rezó «el sueco» al distinguir lo que traía—. ¡El niño se salvará!

No atendió al relato entrecortado de Knut, y tomando una de aquellas latas de leche se precipitó al encuentro de Irma «la rusa». La mujer no le dio tiempo a pronunciar una sola palabra; con mano que era una garra le arrebató el alimento y apretando al hijo contra su pecho exhaló un sollozo como máxima expresión de agradecimiento.

Horas más tarde, repuesto Knut de su fatiga, relató concisamente todo cuanto les ocurriera.

—Jonás y los otros se quedaron allí; y_0 vine todo lo aprisa que pude.

—Se lo que hemos de hacer, muchacho —decía Hansen cuando aquél terminó de hablar—. No importa que en ese nuevo refugio pueda haber enemigos porque en el gesto de esa madre, en esa ansia salvaje de vivir, he tenido el mejor ejemplo. Lucharemos para vivir si es necesario, Knut, porque la guerra no ha muerto ni morirá tampoco mientras el hombre exista. Vamos hacia ese «bunker» que habéis encontrado

CAPITULO II

EL BUNKER

HANSEN «el sueco» se destacó del grupo que ya le había acompañado a través de las montañas y trepó por los peñascos en dirección a la figura de Jonás, nítidamente destacada en la cumbre a contraluz sobre el gris plomizo del cielo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó anhelante,

—Nada por ahora, muchacho —-repuso «el viejo»—. El motor sigue funcionando, pero nadie ha hecho acto de presencia pese a tener el convencimiento de que nos están observando. Pierre continúa abajo, de guardia.

—Pronto sabremos a qué atenernos; llama a los hombres.

Hasta dos docenas de manchas oscuras ascendió por la ladera en respuesta a la señal de Jonás, mientras otros tantos, tan armados como los primeros, rodeaban el altozano por su base para buscar alguna otra entrada a la excavación.

—Cuatro de vosotros permanecerán aquí cubriendo la escalera —advirtió «el sueco» cuando estuvieron dentro del bunker. El resto que venga conmigo.

Descendieron los peldaños hasta alcanzar el almacén subterráneo y recibieron el saludo de Pierre que permanecía de guardia ante la abertura de la escalera.

—Sin novedad, Hansen; nada se ha movido allá abajo.

—Cuatro más aquí. Vosotros mismos —señaló Hansen—. Trae tu detector, Knut —habló después—. Tú y yo abriremos la marcha.

El repiqueteo del Geiger resonó apagado al iniciar el descenso sin que su esfera graduada denotase el menor signo de radioactividad. Los peldaños se enroscaban en espiral siguiendo un grueso tronco de piedra, y tras hundirse unos quince metros en el subsuelo fueron a desembocar en una plazoleta circular, oscura y desierta.

—¿Bajó alguien hasta aquí? —preguntó Hansen.

—Ninguno —contestó Jonás que no apartaba el dedo del disparador—. Esperamos arriba a que llegarais, pero si quieres que te hable con franqueza, esto no me gusta nada, Hansen.

—Ni a mí, «viejo» —sonrió el muchacho—. Hemos cometido una estupidez al meternos en esta aventura, pero si sale mal ya sabe el

grupo lo que ha de hacer.

—Deben ser rusos, Hansen —machacó Jonás—. Si no fuera así ya sabríamos nosotros quienes son los que viven en esta cueva.

—Si fueran rusos seríamos nosotros los que no viviríamos ya —contrapuso «el sueco»—. Precisamente esta tardanza en aparecer me hace pensar que los refugiados aquí están tan asustados ante nuestra presencia como nosotros ante la de ellos.

El latido del motor se percibía perfectamente desde allí y su sonido brotaba de las entrañas de la tierra a través del piso de piedra. Los haces luminosos de las linternas eléctricas habían explorado la estancia denunciando una serie de orificios en el techo v una nueva abertura en uno de los ángulos. Las consabidas puertas de «Ascensor» y «Montacargas» aparecían también en la pared, aceradas y herméticas.

—Bien —musitó Karl—. Por lo menos sabemos ya por donde entra el aire.

Percibieron de improviso una leve vibración tras las puertas de acero de los elevadores, y casi en seguida el aposento subterráneo se vio iluminado por una claridad lechosa que procedía de los orificios del techo.

—Esperaba algo parecido —dijo Hansen—.

—¡Quietos! —ordenó a los hombres que habían alzado las armas.

Giró la vista en torno suyo como buscando la invisible presencia de los seres que indudablemente les estaban observando y gritó con todas sus fuerzas.

— ¡Atención si alguien me escucha! ¡Venimos en son de paz!

Hasta entonces todo habían sido cuchicheos. La voz de Hansen repercutió amplificada por las paredes pétreas, y un estremecimiento sacudió a todos los hombres al escuchar la respuesta. Un gañido metálico, procedente de algún oculto altavoz contestó.

—Mal se puede hablar de paz llevando armas. Deposítenlas todas en un rincón y aléjense de ellas. No confíen en sus amigos de arriba ni intenten tampoco ningún movimiento sospechoso; ni ellos pueden prestarles ayuda ni ustedes conseguirían otra cosa que acelerar su muerte.

—Son rusos. ¡Lo dije! —chilló nervioso Jonás.

—No lo discuto, «viejo», pero al menos han hablado en sueco como todos nosotros —repuso Hansen con sangre fría.

—Obedeced —añadió como respuesta a las miradas de sus hombres—. Estamos a merced de ellos, cualesquiera que sean sus propósitos.

Armas incendiarias y explosivas se apilaron en un rincón y sus dueños retrocedieron instintivamente contra la pared. Resonaron pasos en la escalera, a sus espaldas, y al volverse se vieron encañonados por las armas de cuatro hombres que cubrían la entrada. Al mismo tiempo se abrieron las puertas de acero de los elevadores y de sus jaulas surgieron nuevos seres armados que les encerraron en el círculo de sus fusiles incendiarios.

—Soy Hansen, jefe de grupo; mis hombres me llaman «el sueco».

Unos y otros se miraban con curiosidad y aunque ninguna palabra acogió la presentación de Hansen, creyó éste percibir un destello de satisfacción en los ojos de sus guardianes. Comprobó su magnífico aspecto, cuidados y limpios, el apropiado corte de sus trajes militares, la semejanza de algunas de sus armas con las que ellos trajeron y el extraño aspecto de otras, desconocidas y raras.

—¿Quién es su segundo jefe? —preguntó de improviso uno de aquellos hombres.

—¡Cualquiera puede serlo, y uno de ellos es Jonás «el viejo».

—Pues bien, Jonás «el viejo» —continuó aquél—. Reunirás a la gente diseminada al pie de la colina y les traerás aquí. Tu jefe y sus acompañantes servirán de rehenes.

Por el hueco de la escalera aparecieron los ocho hombres que Hansen dejara de guardia en los pisos superiores. Llegaban sin armas y conducidos por los habitantes del bunker.

— Nos sorprendieron de improviso, Hansen, saliendo por los ascensores —dijo uno de ellos.

— Un grupo de mis hombres aguardará tu vuelta, Jonás —continuó el que antes hablara—. Dejad las armas al pie de la ladera.

Se retiró el viejo a cumplir la orden, confirmada con un breve parpadeo de Hansen, y todos cuantos ocupaban la plazoleta fueron introducidos en los ascensores. Las jaulas se hundieron en el subsuelo deslizándose con rapidez y cuando Hansen calculó que habían descendido un centenar de metros se detuvieron.

Abiertas las puertas desembocaron en un largo túnel brillantemente iluminado por focos eléctricos y por cuyo pavimento discurrían unos raíles para vagonetas. El grupo avanzó por él, doblaron un recodo, se internaron luego por un túnel transversal más estrecho y sin vías, y al cabo de unos diez minutos de marcha a través de aquel dédalo de corredores y cuando ninguno de los

hombres de Hansen era capaz de recordar el camino que siguieron, hicieron alto frente a una alta puerta blindada, robusta y de una sola pieza. Algún mecanismo electrónico la controlaba puesto que al situarse frente a ella viéronla hundirse lentamente en el suelo.

Frente a los recién llegados se alzó el espectáculo brillante de luz de una sala circular atestada de instrumentos entre los cuales no hubo duda para identificar las placas deslustradas del radar y las brillantes pantallas de televisión. Varios hombres que atendían a los aparatos alzaron la cabeza para contemplar con curiosidad a los recién llegados, pero la atención de éstos estaba centrada en un anciano que se había puesto trabajosamente en pie auxiliado por dos bastones.

—Profesor Weissemer —habló el que hasta entonces se comportaba como jefe—. Aquí están los extraños que penetraron en el bunker.

—No les he oído hablar aún.—repuso sonriendo el profesor al dirigirse a aquel hombre, pero puede asegurarse, Frank, que ni son rusos ni procedentes de otros planetas.

* * *

El hielo se había roto y la tranquilidad había renacido de nuevo, deshecho el mutuo equívoco en que todos permanecieron. Fue el mismo profesor Weissemer quien se encargó de informarles de todo.

—Disponemos casi de una ciudad en miniatura —dijo— diseminada a lo largo de las galerías y pozos de una antigua mina de uranio, el origen de todo esto es un poco largo de contar.

—Nos encantará escucharle, profesor Weissemer —dijo Hansen —, como una compensación al miedo que nos han hecho pasar sus hombres.

Rieron todos alegremente y con aquella risa, algo poco frecuente por desusado en todo el tiempo de calamidades y desdichas que habían soportado, fue como la válvula de escape que les devolvió la tranquilidad. Hacía un par de horas que Jonás, después de constituirse en prisionero con los hombres que fuera a buscar, había partido nuevamente hacia el norte acompañado por un nutrido grupo de gente para traerse al bunker a la totalidad de los supervivientes que habitaban aquella gruta del Mar Glacial. Les llevaban víveres en abundancia, ropas y equipos sanitarios, y era tan sólo cuestión de tiempo el que la «familia» del profesor Weissemer —como él solía llamarla— se viese engrosada por aquellos recién llegados. Hansen y unos cuantos más permanecieron

en el bunker, charlando con el profesor y con Frank, un suizo que era su mano derecha.

—En el año 2008, poco antes de que comenzara la guerra —dijo Weissemer—, el gobierno sueco encargó a un grupo de científicos ciertos experimentos y estudios que habían de llevarse a cabo dentro del mayor secreto. Se puso a nuestra disposición un lugar apartado de la curiosidad humana, este bunker precisamente, y se comenzó a trabajar en medio del mayor entusiasmo utilizando los modernísimos útiles de que disponíamos.

—¿Era quizás el «Proyecto Kristian» lo que llevaban entre manos, profesor? —preguntó Hansen con una media sonrisa.

—¿Cómo puede usted saberlo? —dijo receloso Frank—. Se trataba de un secretó muy bien guardado.

—Y bien guardado estuvo, Frank —añadió «el suecos»—, aunque no tiene motivos para alterarse. -—Después de todo también a usted debieron contárselo, puesto que por su edad debía ser un muchacho cuando comenzó la guerra.

—El «Proyecto Kristian» fue la base de nuestros trabajos —repuso el profesor Weissemer un tanto sorprendido—, pero no comprendo cómo usted, un superviviente perdido en las inmensidades del Mar Glacial…

—La respuesta es bien sencilla. Kristian David Hansen, ingeniero aeronáutico laureado con el Premio Nobel y autor del proyecto de su nombre, era mi padre. No pudo facilitar la colaboración personal que el gobierno le pidió a causa de su precaria salud, pero entregó todas sus notas y documentos para que su idea se viese convertida en realidad.

¿Usted es hijo de Kristian Hansen? —preguntó Weissemer.

—Sí, señor. Fui su único hijo.

—¿Murió su padre?

—Hace muchos años, profesor, contaminado por la radioactividad.

—Lo siento de veras; su presencia aquí en estos momento nos habría servido de mucho.

— Me tiene a mí, profesor —sonrió Hansen—.

Teóricamente soy también ingeniero aeronáutico puesto que mi padre me enseñó cuanto sabía; sólo me falta adquirir cierta práctica. Pero, por favor, continúe con su relato y dejemos esto para después.

—Temo, muchacho, que «esto» va a ser lo más esencial de todo

en cuanto le informe acerca de ciertas cosas, pero vengan ustedes conmigo —ofreció Weissemer—. Se lo contaré mientras comemos.

Apoyado en sus bastones, el profesor se dirigió hacia una habitación inmediata. Tomaron asiento en torno a la mesa y a la par que saboreaban manjares para muchos de ellos, desconocidos, fueron escuchando las circunstancias de la presencia de supervivientes en aquel bunker.

—Estalló la guerra —fue diciendo el profesor— y nos vimos prisioneros en nuestro propio alojamiento, que a la vez nos protegía eficazmente contra los efectos de los explosivos y la radioactividad. Estamos a más de doscientos metros bajo la superficie del planeta, dispersos a lo largo de kilómetros y kilómetros de galerías, y todas las salidas de nuestro cubil fueron condenadas y tapiadas para que ningún residuo mortal penetrara por ellas. Hasta nosotros había llegado un tropel ingente de fugitivos aterrorizados que buscaron su salvación en este refugio. Fue horrible; resultó imposible que todos entraran a tiempo para salvarse, y cuando los nuestros, equipados con trajes especiales salieron a buscarles, sólo encontraron polvo impalpable entre la tierra revuelta. Así y todo conseguimos salvar a más de dos mil, apretadamente encajonados en las galerías. Luego nos aislamos del mundo exterior y nos dedicamos a trabajar y a ingeniárnoslas para subsistir.

—Más suerte tuvieron ustedes después de todo, profesor —dijo Hansen—, y aunque imagino la magnitud del problema que suponían dos mil hombres y mujeres carentes de todo lo necesario, no fue menor el nuestro con el correr del tiempo, pese a que tan sólo éramos unos trescientos.

—Éramos dos mil entonces —sonrió Weissemer—, pero tenga en cuenta que han pasado doce años, que la vida ha seguido su curso y que aquí dentro no hemos echado de menos casi nada de lo que ya existía en el mundo exterior. Hoy en día la población de «Oasis», nombre que hemos dado a nuestro refugio, sobrepasa los ocho mil habitantes.

Un silbido de asombro se escapó de los labios de Hansen al ponderar la cifra que le daba el profesor.

—¿Ocho mil personas metidas en estos túneles? ¡Es increíble!

—No lo es tanto si considera nuestra, buena suerte, Hansen. La mina abandonada de uranio se fue ensanchando desde que una nueva veta fue descubierta. Los túneles se convirtieron en pasadizos interminables, y a medida que el mineral se extraía fueron habilitándose para viviendas. Gracias al uranio jamás carecimos de

energía; se idearon filtros purificadores de aire contaminado, conseguimos aislar oxígeno e hidrógeno de la atmósfera y gracias a ello tampoco carecimos de agua. La necesidad agudizó el ingenio, pero la felicidad culminó cuando uno de nuestros hombres de ciencia, ya desaparecido, el profesor Ingersoll, halló el modo de fabricar ingentes cantidades de una especie de levadura de gran poder alimenticio debido a los hidratos de carbono y proteínas sintéticas que se le añadían. Las conservas alimenticias fueron dejadas para el último instante y todos tratamos de amoldarnos al nuevo régimen.

—Debieron crear una especie de paraíso, profesor —comentó admirado «el sueco».

—Más bien conseguimos un remanso de paz en medio de tanta destrucción y miseria. De ahí el nombre de «Oasis» que dimos a nuestra pequeña ciudad. Hoy en día las nuevas generaciones han cubierto todas nuestras necesidades; tenemos médicos, ingenieros, técnicos en minería, biólogos, físicos, mecánicos… Toda una «élite» brillante que puede ser la base de nuestra resurrección.

—Algo parecido hicimos nosotros, aunque en menor escala —dijo Hansen— La enseñanza se hizo obligatoria y todo aquel que sabía algo interesante lo comunicó a sus posibles sucesores. Sólo en lo tocante a víveres anduvimos un poco escasos; el más estricto racionamiento presidió la marcha del tiempo, y precisamente cuando comenzaban a escasear, cuando hasta un niño de pocos meses parecía condenado a la muerte por inanición, Dios hizo el milagro de que pudiéramos encontrar este bunker.

—Buen susto nos dieron —rió Prank—. Cuando nuestras pantallas de radar detectaron a sus exploradores estuvimos a punto de aniquilarles. La televisión nos dio sus imágenes y gracias a ello y a las órdenes del profesor Weissemer permanecimos inactivos en espera de los acontecimientos.

—Es usted el jefe supremo, por lo visto, ¿no es así, profesor?

—Como a tal me han reconocido todos por ser el último científico de todos aquellos que comenzamos los trabajos. El tiempo me ha convertido en un viejo achacoso, cargado de años y de reniegos, pero no me asusta la idea de la muerte sabiendo que tras de mí dejo una generación que podrá valerse por sí sola. Sólo ahora que usted ha llegado, el hecho de ser hijo de Kristian Hansen me hace renegar del tiempo, porque quizás no llegue a ver realizado el proyecto de aquel hombre y que las circunstancias adversas porque atravesábamos nos impidió conseguir,

—Trataremos de llevarlo a cabo ahora, profesor. Pero dígame: ¿por qué se asustaron al detectarnos? ¿Nos tomaron acaso por rusos?

Un relámpago de odio brilló en los ojos de Frank y sus manos se crisparon sobre el asiento que ocupaba.

—De haber tenido el convencimiento de que lo eran —dijo—, ni siquiera las órdenes del profesor Weissemer hubiera bastado para impedir que les destruyéramos. Sencillamente, «les tomamos por hombres de otro planeta».

Una ahogada exclamación de sorpresa resonó en la estancia. Hansen y sus hombres se miraron sin comprender, como si las palabras de Frank constituyesen un sarcasmo de mal gusto.

—Bromea usted, sin duda —dijo molesto Hansen.

—.No bromea, muchacho —dijo e[1] profesor con un tono de voz repentinamente grave—. «Hombres de otro planeta, directa o indirectamente, han hecho ya acto de presencia en la Tierra.»

CAPITULO III

LA SORPRENDENTE REVELACION

LAS palabras del profesor Weissemer sólo habían servido para aumentar el desconcierto de Hansen y los suyos que no daban crédito a cuanto escuchaban.

— ¡No puedo creerlo, profesor! —exclamó «el sueco»—. Si es una broma de mal gusto...

—Me explico su actitud, muchacho, porque es lógica ante mi pobre explicación. He dicho que hombres de otro planeta han intervenido directa o indirectamente sobre la Tierra y es verdad. ¿Con qué propósito? Lo ignoro todavía aunque no es muy difícil comprenderlo. ¡No me coge de nuevas su extrañeza, Hansen; yo mismo, tan incrédulo como usted al principio, hube de rendirme ante la evidencia después de examinadas las conclusiones y resultados de nuestros experimentos. Dígame una cosa: ¿hay rusos entre los refugiados de su grupo? —Unos cuarenta, entre hombres y mujeres.

—¿Se le ocurrió preguntarles alguna vez acerca de quiénes fueron los primeros en romper las hostilidades hace doce años?

—Muchas, profesor —repuso Hansen—, pero hube de desistir en mi propósito para no originar una verdadera guerra civil entre los componentes de mi grupo. Los rusos nunca perdieron ocasión para afirmar que el agresor fue Occidente, y nosotros contraatacábamos inmediatamente para echarles en cara su perfidia. Pero todo ello, como digo, fue abandonado porque nadie se sentía con ánimos para sostener pacíficamente la controversia.

—Lo comprendo, Hansen, y supongo que me creerá al decir que yo obtuve el mismo resultado al hacer esa pregunta a los rusos que viven en «Oasis». Eso me hizo pensar en algo diferente. ¿No se le ocurrió imaginar que muy bien Oriente y Occidente pudieran comenzar al mismo tiempo las hostilidades o quizás con diferencias de minutos? ¿Que la misma nube de proyectiles que se abatió sobre nosotros tuviese otra idéntica que estallara sobre ellos? ¿Que los rusos, pese a sus claros propósitos de comenzar la guerra, se vieran sorprendidos por el ataque de Occidente? ¿Que tuvieran en este caso las mismas razones para oponerse a nuestra justa cólera por su ataque?

—Vayamos por partes, profesor —repuso Hansen para cortar

aquella avalancha de preguntas y sin salir todavía de su asombro ante la verborrea de Weisáemer—. ¿Está tratando de darles la razón a los rusos?

—En modo alguno, muchacho. Todos sabemos que de no haber mediado la circunstancia que digo, la guerra hubiese estallado de todas formas viniendo de Oriente. Ahora sólo trato de exponerle el principio de mis averiguaciones y este es el punto de partida; mi primera consecuencia es que nadie puede afirmar quién comenzó.

—No prueba gran cosa, profesor.

—Ya me hago cargo, Hansen, pero de esa primera consecuencia pasé a formularme una pregunta más atrevida. ¿No pudo una tercera persona fermentar la guerra en provecho propio?

—No veo ese provecho puesto que todo quedó destruido.

—Y sin embargo así sucedió. Precisamente de lo que usted mismo ha dicho, «todo quedó destruido», se puede deducir sin gran esfuerzo que esa tercena persona no era de la Tierra. De confirmar lo demás se encargó el gas «Q».

—Perdone, profesor, pero temo no alcanzar claramente el punto a donde usted quiere ir a parar. ¿No podríamos dejar esta conversación para otro momento? Son muchas las emociones recibidas en pocos momentos, estoy fatigado y...

—Duda de mis palabras, ¿verdad, Hansen? Me toma por un viejo chocho incapaz de coordinar ideas, pero no le censura por ello. No, no conviene dejar esta conversación para otro momento Precisamente porque me ha sido usted simpático desde el primer momento y porque me inspira una gran confianza, me he atrevido a revelarle este importante secreto que sólo unos cuantos conocen. Puedo asegurárselo sin lugar a error; existió esa tercera persona, y aún hay más: pertenecía a otro planeta.

Hansen hizo un gesto de resignación y se dispuso a escuchar pacientemente aunque poniendo en tela de juicio las frases, disparatadas según él, del profesor Weissemer.

—La certeza me la dio el gas «Q». En realidad no se llama así, pero nadie sabrá tampoco qué apelativo le dan en otra parte. Nosotros lo designamos así, y es suficiente. Escuche, Hansen.

—Desde luego, profesor; soy todo oídos dijo «el sueco» sin mucho entusiasmo.

—Cuando la batalla estaba en pleno paroxismo, sacudida la tierra por las explosiones y envenenado el aire por la radioactividad, uno de nuestros científicos consiguió aislar un elemento nuevo Se trataba de un gas terriblemente corrosivo,

inodoro e insípido y de un color ligeramente ambarino, su poder era terrible, tanto que su descubridor pagó con la vida su hazaña. Las experiencias que con él se realizaron sólo sirvieron para demostrar una serie de cosas extrañas; no pudo conseguirse su fórmula ni aislar ninguno de sus elementos porque todos eran desconocidos.

—¿Cómo ha dicho, profesor? —pregunto Hansen, súbitamente interesado a su pesar.

—Sólo puedo afirmarle que nuestros científicos no eran unos lerdos y sin embargo se mostraron incapaces para desentrañar el misterio de aquel gas que convertía en polvo todo cuanto tocaba, seres vivientes, minerales y plantas, con las solas excepciones del vidrio y el agua. Llegaron a una sola conclusión: Aquello que denominaron gas «Q» no era originario de nuestro planeta. Febrilmente se trató de comunicar con alguna de las islas siderales emplazadas en el éter a mitad camino entre la Tierra y la Luna; la transmisión fue difícil y no aclaró nada. Se habían visto objetos voladores que todos identificaron como proyectiles radiodirigidos. Cuando la luz se hizo en nuestras mentes comprendimos que verdaderamente eran proyectiles, que no habían salido de la Tierra, sino que llegaban a ella, que eran enviados desde algún punto.

— ¿Debo aceptar sus palabras como ciertas, señor?

—Así es, muchacho. El encarnizamiento de la guerra, la total destrucción de la superficie de nuestro planeta fue debida al gas «Q», el arma diabólica con que alguien fomentó las hostilidades en beneficio propio.

—Pero… ¿con qué objeto? ¿Para qué?

—De momento encuentro dos respuestas, Hansen. La primera de ellas, partiendo siempre del supuesto que esa tercera persona es de otro planeta, es que quizás convino a sus propósitos que el género humano se destruyera a sí mismo. La segunda, que tal vez no deseen encontrar resistencia, o a lo sumo hallarla muy reducida cuando se dispongan a invadirnos.

—Es muy grave lo que usted afirma, profesor.

—Lo sé, Hansen, y precisamente porque presiento que los días calamitosos no han terminado todavía para nosotros, porque nuestra generación ha de soportar todo el peso de las nuevas batallas es por eso que he procurado inculcar a los míos los más completos conocimientos, concentrar en sus mentes el saber de siglos, despertar su curiosidad hacia la investigación y el trabajo, para que cuando llegue la hora decisiva sepan comportarse como los hombres en cuyas manos está el destino de todo el planeta.

—Debo creerle, profesor Weissemer, me siento inclinado a hacerlo y tan sólo puedo añadir que de la misma forma que cuenta usted conmigo puede disponer de todos los componentes del grupo que ha de llegar. Esta es mi mano, profesor; estoy a sus órdenes e impaciente por comenzar a trabajar.

—Gracias, Hansen. Espero hallar en usted un digno sucesor de su padre.

* * *

—Ya tenemos aquí al grupo de refugiados del norte —anunció Frank.

Había saltado al tren de vagonetas que lentamente se deslizaba a lo largo de los túneles y vino a sentarse junto al profesor y a Hansen que aquel medio de locomoción recorrían las «calles» de «Oasis».

—Está bien, Frank —repuso Weissemer—. Ocúpese de ellos mientras yo hago los honores a nuestro amigo Hansen.

Abandonó las Vagonetas el suizo con un elástico salto y «el sueco» continuó contemplando la maravilla que se ofrecía a sus ojos extasiados escuchando al propio tiempo las explicaciones del profesor.

—Tenemos nuestro pequeño gobierno, servicio de policía y de limpieza pública, escuelas para niños y centros de enseñanza superior, clínica hospital... y tampoco nos falta una pequeña iglesia en donde elevar nuestras plegarias.

—¿Dónde se hallará un pueblo sin religión.—Sonrió Hansen.

—Dices bien muchacho. La idea de Dios preside siempre todos nuestros actos.

Hansen contemplaba a la gente, hombres y mujeres que discurrían por los túneles, trepaban a las vagoneta que les conducirían a los lugares más apartados de la ciudad, o entraban en las «casas». Todos tenían un aspecto saludable, iban limpios y bien vestidos y aparentemente eran felices. Hasta los mismos niños que contemplara al salir - escuela no parecían echar de menos ninguna de las condiciones de vida que jamás conocieron, y sentían a gusto en su ciudad subterránea.

—Le felicito, profesor —confesó sincero—. Han creado ustedes un verdadero Oasis. Yo, en cambio, tuve que luchar desesperadamente contra la adversidad consiguiendo tan sólo a medias el triunfo. De más de trescientos que éramos al principio, seres llegados hasta nosotros desde los lugares más lejanos de Europa, han quedado menos de doscientos al llegar la hora de la

salvación.

—Ello se debió sin duda a que permanecían en la superficie de la tierra —repuso Weissemer—. En lo sucesivo, todas las ciudades serán subterráneas..., Digo mal, con la presencia del gas «Q» no habrá más remedio que edificar nuestros hogares bajo la superficie del mar, encerrados en una campana de cristal.

Las vagonetas se hundieron por un túnel en pendiente, ancho y bien iluminado, ante cuya entrada había hombres armados de vigilancia.

—Penetramos ahora en la zona fabril de nuestra ciudad —explicó el profesor—. Aquí tenemos nuestros talleres y nuestras pequeñas fábricas.

Sin abandonar su cómodo vehículo, Hansen pudo contemplar los distintos trabajos efectuados por los habitantes de Oasis. Distinguió varias fundiciones, una fábrica de vidrio, talleres y armerías ubicados en amplias cavernas que se abrían a los dos lados del túnel. El zumbar de motores llenaba los ámbitos del corredor y la actividad se hacía patente en todos los lugares.

—Los ventiladores absorben el calor —dijo Weissemer—, lo distribuyen a presión por las tuberías calefactores que ambientan la ciudad proporcionándole una temperatura constante, y lo expulsan luego a través de los filtros. Nuestra industria es bien pobre en lo tocante a materias primas. Todo sale de la fuente inagotable de sílice que descubrimos hace ocho años en el terminal de un túnel abandonado. Con el sílice hacemos cristal, y partiendo de él hemos resucitado la rama de los plásticos, añadiéndole los descubrimientos de nuestros laboratorios. Con asbesto y fibras de vidrio se hacen trajes, flexibles y cómodos, se construyen muebles y utensilios, se fabrican vehículos y herramientas y hasta se ha aplicado esta materia en la construcción de máquinas voladoras. Tenemos también hierro, cromo, estaño y níquel que llegan hasta nosotros desde lugares remotos a través de galerías subterráneas. Lo único que no hemos podido conseguir, debido a la pobreza de nuestros medios, ha sido fabricar caucho sintético. Carburantes no nos han hecho falta; todos nuestros vehículos son eléctricos y toman la corriente de los mismos raíles que los guían sobre los túneles. No hemos conseguido más.

—Es usted demasiado modesto, profesor —rio Hansen—, y no debe lamentarse por lo que usted quiere calificar de fracasos. Claramente veo que han conseguido el milagro de mantener vivo un enorme grupo de supervivientes, le han alentado a proseguir, le han facilitado medios que jamás pudieron imaginar después del

completo desastre sufrido durante la guerra, hasta han conseguido forjar una felicidad casi perfecta y las nuevas generaciones son ahora la reencarnación de los sabios y científicos que las instruyeron. No tiene derecho a lamentarse, profesor Weissemer. Hicieron cuanto estuvo en sus manos, y hasta creo que se excedieron un poco.

Ya basta, muchacho —cortó el profesor—. Acabe con sus elogios que nadie va a tener en cuenta. Regresemos ahora para recibir a los suyos, a quienes habrá dejado Frank como nuevos, y después le presentaré a sus colaboradores. Quiero también que me indique qué hombres considera más aptos para los distintos menesteres de Oasis y cuáles son sus especialidades.

Conectó el inversor de marcha y el tren de vagonetas retrocedió cambiando de vía al accionar eléctricamente la aguja. Los asientos giraron automáticamente sobre sí mismos en un movimiento circular que colocó a los viajeros dando frente a la nueva dirección de la marcha, y las vagonetas avanzaron por la izquierda según las reglas de tráfico que desde siglos atrás habían regido en Suecia.

Jonás, Pierre, Karl, Hans, James, Knut y los restantes del grupo les aguardaban en la sala contigua al departamento de desinfección a donde iban llegando después que los servicios sanitarios de Oasis daban, el visto bueno a sus condiciones de salud. Dos docenas de hombres y mujeres habían sido separados en el hospital para ser sometidos a tratamiento —avitaminosis, había sido el diagnóstico —, pero la sensación general era de alegría, dé inmenso júbilo al saberse a salvo y liberados de sus penalidades. Un grito clamoroso acogió la presencia de Hansen entre ellos, mientras el profesor Weissemer, acomodado en su silla de ruedas, les contemplaba sonriendo.

Alguien tiró tímidamente del traje de Hansen y al volverse se encontró frente a Irma «la rusa», que le miraba con ojos de agradecimiento.

—Gracias, señor Hansen —murmuró la mujer con un brillo húmedo en sus pupilas—. Gracias de todo corazón.

—No debe hablar así, muchacha —contestó «el sueco»—. Nada he hecho para merecer su agradecimiento, y si me esforcé por conservar la vida de su hijo, del mismo modo lo hubiera intentado por otro cualquiera del grupo sin importarme su edad ni su patria de origen. ¿Cómo está su niño?

—¡Oh, está muy bien, señor Hansen! —dijo Irma-—. Lo tienen ahora en una especie de incubadora y me han asegurado que

engordará y se hará un hombre. Sé que usted quiere quitarle importancia a lo que hizo, pero yo no lo considero así; estoy segura de que algún día podré corresponderle, y cuando llegue ese momento lo haré con ánimo de saldar una deuda. He convivido mucho tiempo con ustedes y mis ideas han experimentado un profundo cambio. No lo haré con el orgulloso pretexto de pagar un favor, sino sinceramente, con verdadera ansia de corresponder al hombre que salvó la vida de mi hijo y agradecerle eternamente .su gesto.

—No hablemos más de ello, Irma.

—¡Oh, sí! —insistió la mujer—. Ustedes me acogieron pese a saber que nací en Rusia, cuidaron de mí sin preocuparse de mi nacionalidad, me consideraron como a un igual entre todos los demás, y ahora voy a intentar que todos olviden mi apelativo de «la rusa» porque eso... eso...

Se tapó la cara con las manos como avergonzada y exhaló un sollozo al tiempo de alejarse bruscamente.

—¿Le felicito, Hansen —dijo el profesor que se había acercado después de escuchar el diálogo—. Comprendo cuánto le aprecian sus hombres y esa es una magnífica cualidad, muchacho.

—Ya hubo bastantes sentimentalismos, profesor —renegó molesto «el sueco»—. Terminemos con esto y vayamos en busca de aquellos a quienes he de ayudar; tengo verdadera impaciencia por conocerlos y comenzar mi tarea.

—Vamos allá. Le están esperando.

Lentamente, a compás de la marcha de la silla de ruedas del profesor que giraban después movida al impulso de su motor eléctrico, se encaminaron hacia un túnel transversal que se abría más allá de la plazoleta de rocas en donde nacía otra línea de vagonetas. Llegaron así a una pequeña estancia parcamente amueblada enclavada detrás del muro, y en una plataforma eléctrica descendieron unos cinco metros para desembocar en una rotonda atestada de gente que trabajaba silenciosamente. La habitación estaba atiborrada de estanterías rebosantes de papeles y libros, carpetas y ficheros. Sobre las mesas había instrumentos de cálculo, útiles de dibujo y grandes hojas azuladas cubiertas de signos y líneas.

—Diga al profesor Tegel que hemos llegado —advirtió Weissemer a uno de los delineantes.

Partió aquel para cumplimentar el encargo y desde una puerta cercana les hizo un gesto de asentimiento.

—Venga conmigo, Hansen, y le presentaré a su colaborador en el «Proyecto Kristian»,

En el despacho contiguo, Hansen se enfrentó con una mujer, una muchacha joven a quien el blusón blanco que vestía no bastaba para disimular sus armoniosas líneas. Era casi tan alta como «el sueco» y su cabeza semejaba un turbión fulgurante de llamas gracias a los rojos cabellos graciosamente ondulados que la coronaban. Por debajo de ellos se abría una frente despejada limitada en su base por los semicírculos de las cejas que dejaban paso a una naricilla respingona, a unos ojos grises de mirar desafiante, coloreadas mejillas salpicadas por los puntos negros de las pecas y a unos labios sin afeites que se entreabrían para sonreír. El mentón, fino y delicado, se erguía agresivo y sus líneas estaban rematadas por la fina piel de su cuello, más blanco si cabe por contraste con la bata que vestía su dueña.

Hansen la miró extasiado, como si se hallara ante una visión jamás contemplada, e instintivamente estableció una comparación entre aquella muchacha y las otras que con él habían convivido en la gruta del Mar Glacial. Las que conoció hasta entonces, dominadas por las circunstancias adversas, el hambre y las penalidades, casi habían pasado desapercibidas ante sus ojos bajo su calidad de mujeres. En ésta que tenía delante había feminidad, belleza, hasta una instintiva simpatía dentro de aquel leve aire de superioridad con que sus ojos le contemplaban desde el otro lado de la mesa. Hansen se estremeció nervioso y por unos momentos fue incapaz de articular una sola palabra. Esbozó luego una sonrisa amistosa y la acentuó todavía más al percibir el tono burlón del profesor Weissemer que hacía las presentaciones.

—Este es Hansen «el sueco», profesor Tegel. La señorita Cristina Tegel, técnico en reactores.

—Hon... honradísimo, señorita Tegel —tartamudeó el muchacho ofreciéndole su mano.

Y al sentir en ella el cosquilleo vital de la palma suave del «profesor» Tegel semejó recobrar el uso de sus facultades para añadir:

—Estoy seguro de que de nuestra colaboración saldrán magníficos resultados.

—¿Lo cree usted así? —contrapuso la muchacha.

—Déjeme al menos esa esperanza —sonrió Hansen.

—Esperemos que así sea —Dijo Weissemer—Usted Hansen, es teóricamente un ingeniero aeronáutico y Cristina reúne dentro su

cerebro las ideas esenciales para una eficiente labor. Hay demasiadas cosas en Oasis que no han salido aún del campo técnico y ahora es ya de llevar esos conocimientos a la práctica. Cuanto antes comencemos nuestra tarea, más pronto estaremos dispuestos a rechazar el ataque que indefectiblemente ha de desencadenarse contra la Tierra, llegando hasta nosotros de otro planeta.

CAPITULO IV

SE ESTABLECE EL CONTACTO

LA población de Oasis había salido a la superficie para recibir a la primavera. Después de largos años sometidos a un clima artificial, a lámparas ultravioleta que supliesen los efectos del Sol, a odorizadores que recordasen los aromas de la campiña, los grupos de gentes se escalonaban por la llanura respirando el fresco vientecillo mañanero, acogía siempre con gritos de entusiasmo la aparición del astro rey que tornaba a surcar el azul pálido del cielo y se regocijaba con el grato calorcillo de sus rayos vivificadores. La tierra renacía a la vida con su caricia, y por entre las grietas y desgarraduras asomaban los tímidos brotes de las plantas y los matojos volviendo por sus fueros una vez pasado el terrible período de dominio de la radioactividad. Fue el viento quien, cumpliendo su misión de siglos, esparció por todos los ámbitos las semillas que arrancara con su soplo en las zonas menos afectadas por el veneno letal, y ahora gozaban ya hasta de la presencia de florecillas silvestres, graciosamente asomadas entre las piedras y el polvo.

Se roturaban los campos con instrumentos agrícolas construidos en los talleres subterráneos, y en los surcos crujientes y recién abiertos iban depositandose las semillas conservadas desde años atrás. No importaba que la época fuese o no apropiada para ello; la tierra parecía como ávida por producir después de su letargo, y hasta en las mentes más pesimistas se abrían los rayos de esperanza de magníficas cosechas. Las risas gozosas de los niños que correteaban por todas partes eran como un poderoso impulso que aumentaba las fuerzas de los demás, empujándoles y animándoles a proseguir.

Algunas construcciones, pequeñas y ligeras, punteaban la llanura y la graciosa línea de otras semejantes enmarcaba el prolongado rectángulo que pacientemente se nivelaba y desocupaba de obstáculos. Ingentes masas de trabajadores de ambos sexos laboraban animosos poniendo todo su entusiasmo en la faena, y bajo la dirección de los expertos iba creciendo el primer campo de aviación de la postguerra, el primer paso —según decía el profesor Wiessemer— para sentar los cimientos de la nueva civilización. El aullido alegre de las locomotoras eléctricas que surcaban la doble vía férrea recientemente tendida aprovechando los raíles de los túneles de Oasis, era como un desperezo mecánico, como un canto a

la vida que renacía. Cruzaban los largos trenes de vagonetas transportando hasta Oasis el mineral de hierro procedente de las minas descubiertas veinte kilómetros al norte y en donde cuadrillas de hombres escarbaban las entrañas de la tierra.

Por todas partes reinaba la actividad y el conjunto de supervivientes se entregaba al violento ejercicio del trabajo que tonificaba sus cuerpos. Todo ello venía sucediendo desde algún tiempo atrás. Hacía tres meses escasos, y mientras las emisoras de radio lanzaban al éter sus llamadas en busca de cualquier signo que delatase la presencia de otros supervivientes sobre la superficie del planeta, a las fábricas y talleres de Oasis les cayó encima una verdadera avalancha de trabajo y las máquinas estuvieron muy atareadas construyendo todo cuanto el grupo técnico de los laboratorios les había pedido. Fue el mismo Weissemer quien tiempo atrás dijera a Hansen que con asbesto y cristal intentaron fabricar hasta máquinas voladoras, y el muchacho se había enfrascado en los cálculos de un aparato con autonomía suficiente para llevar a dos o tres hombres a cualquier parte del mundo. Las hojas rayadas de los planos se iban multiplicando velozmente a compás de la infatigable voluntad de Hansen, y su trabajo estaba complementado por las observaciones de Cristina Tegel; por la experiencia de Jonás, veterano piloto de otros tiempos; por las instrucciones de Karl «el rubio», mecánico en teoría, y hasta por las palabras del propio Weissemer, que desde su silla de ruedas no perdía ocasión de alzar su voz para aconsejar v sugerir.

—No intento construir ningún gigante de los aires —decía Hansen—. Basta solamente con que el avión responda a las esperanzas que todos tenemos depositados en él y que los materiales a emplear den los resultados prácticos que los cálculos aseguran.

—Podemos propulsarlo con un reactor movido por alcohol —aseguraba Cristina Tegel— sin que nos cueste mucho obtener esa clase de combustible. El profesor Weissemer puede extraerlo de las seiscientas toneladas de patatas que se conservan en nuestros almacenes de víveres, y dice, además, que sometiendo el alimento a una determinada reacción química no perderá en absoluto sus propiedades nutritivas.

—Desde luego que puede hacerse —confirmó Weissemer—, pero no nos sirve gran cosa. Estamos construyendo un aparato para entrar en contacto con los seres dispersos sobre el mundo y de antemano hemos sentado la base de que somos nosotros los únicos capaces de haber resistido la postguerra en las mejores condiciones.

Si así resulta efectivamente, la autonomía del aparato ha de permitir su regreso con el combustible de origen, cosa que no ocurriría con el alcohol; si las gentes que encontramos están en igualdad de condiciones a nosotros, puede que su combustible sea inadecuado para nuestro reactor al ser de distinta composición, Claro está que en este caso, y también si estuvieran más adelantados que nosotros, sería factible el regreso en uno de sus propios aparatos. Tengo esperanzas de que no todo haya quedado destruido pese al silencio de la radio, mas no podemos aventurarnos de esta forma.

—El profesor dice bien, Cristina —dijo Hansen—. Será mejor emplear el otro medio de propulsión.

—De acuerdo —repuso ella—, Utilizaremos la propulsión atómica que. es lo que usted está deseando.

—En efecto, Cristina; es lo mejor que tenemos en estos momentos y aparte de ello contamos con un piloto, Jonás, que ya experimentó hace años esa clase de vuelos. Por otra parte, tengo verdadera curiosidad por contemplar los aparatos que conocí siendo niño y que durante una larga época dejaron de existir.

Hansen se había inspirado en uno de los modelos que diseñara su padre y que tenía entre sus papeles. Introdujo en él las modificaciones que le dictó su imaginación y las reservas convenientes para la clase de material a emplear. Se trataba de un monoplano de ala en flecha, de afilada proa y elegantes líneas, con dos cabinas acristaladas con capacidad para cuatro tripulantes acomodados por parejas en el fuselaje. Era enteramente de cristal opaco en lo que se refería al aspecto externo; en su interior se entrecruzaban los largueros y tensores metálicos. Cuando tres semanas más tarde fue terminado de montar en el cobertizo construido sobre el aeródromo y rodó, por la pista sobre su tren triciclo, la multitud que le contemplaba lo consideró particularmente suyo, y efectivamente lo era puesto que todos y cada uno de ellos habían puesto su parte de esfuerzo para construirlo.

Los neumáticos para sus ruedas, última dificultad con que tropezaron ante la carencia de caucho, la resolvió Frank construyéndolos de «rayón» y plástico. El equipo propulsor, a la vez reducido y potente, constaba de una pila atómica que generaba calor, un aspirador de aire y dos compresores, accionados todos por la misma energía de la atopila. El proceso teórico se distribuía en varias fases que se sucedían con fulminante rapidez: aspiración del aire, conversión del mismo en vapor por el calor atómico,

compresión de ese vapor y, finalmente, expulsión del gas a presión por la tobera de cola.

—Ello nos asegura una velocidad teórica de 1.500 kilómetros por hora —dijo Hansen—, pero es de suponer que realmente será menor aunque nunca inferior a los 1.000 kilómetros.

Habían dado la vuelta en tomo al aparato que estaba listo para emprender el vuelo, contemplándolo con justificado orgullo. De improviso dejó oír su fuerte voz uno de los altavoces del circuito perífónico:

— ¡Atención! Aquí control de radio. Se ha recibido una señal de respuesta a nuestras llamadas. Contestan desde el otro lado del Atlántico, desde Ontario, Canadá. Su señal se recibe muy débil pero claramente. Continuamos en contacto con Ontario.

—Aquí tenemos nuestra orden de marcha —dijo Hansen.

—Es cierto, muchacho —completó Weissemer—. Ontario será el primero de los puntos que nuestro aparato visitará. Diga a Jonás que lo tenga todo listo para probar el avión y disponerse para partir.

* * *

Un silbido se dejó oír al principio de la pista naciendo en la tobera del avión que se disponía a partir. El sonido fue aumentando por momentos, se incrementó con secos golpes y ahogadas explosiones y por fin rugió potente atronando el espacio con su feroz aullido. La polvareda blanca que el aire a presión arrancaba a la pista del aeródromo se elevó a lo alto empujada hacia atrás y el avión arrancó despacio primero, más rápido después y vertiginosamente por último pasando como una exhalación frente al cordón de gente que enmarcaba el campo, ante los radiooperadores que le habían dado la salida y ante Hansen y su estado mayor que seguían su paso con mirada ansiosa. Jonás, Karl, Frank y un ingeniero finlandés llamado Festen ocupaban las cabinas acristaladas y Solamente de ellos pudo verse el fugaz destello que los rayos del Sol arrancaron a la cubierta transparente, envolviendo al aparato en un nimbo luminoso.

Se habían efectuado ocho vuelos de prueba durante los cuales Jonás arrancó al aparato sus más recónditos secretos mediante las maniobras de sus mandos los virajes ceñidos, los picados escalofríanos y los ascensos a la vertical. El «Oasis-1», nombre con que fuera bautizado, respondió maravillosamente a todas las maquinaciones de su piloto, rebasó la barrera del sonido

primeramente en picado, luego en horizontal y, finalmente, vuelo ascendente, y cuando el sudoroso Jonas tomó tierra cansado y satisfecho, completó las informaciones[5] que durante las pruebas diera por radio con unas sencillas palabras:

—-¡Los cacharros que volé doce años atrás eran armas primitivas comparados con esta joya de avión.

Hansen declinó los honores y los agasajos que se le tributaba e hizo partícipes a todos del triunfo obtenido.

—-Gracias a ustedes lo hemos conseguido dijo. Yo no he tenido más que unir las distintas piezas que cada uno fabricó, desde el larguero principal hasta el último remache, y el resultado se llama «Oasis-1». Ahora sólo deseo que este solitario aparato se vea rodeado en poco tiempo de otros muchos semejantes; que nuestra escuadrilla se distribuya por el mundo para llevar a los supervivientes nuestro aliento y nuestro espíritu de recuperación para que la Tierra esté lista para la defensa y para que entre todos podamos hacer frente al nuevo peligro que se cierne sobre las nuevas generaciones.

Le salió un tanto cursi el discursito que casi se vio obligado a pronunciar, pero Hansen no pensaba en sus palabras, sino en el significado que la partida de aquel avión tenía. Ahora, erguido sobre la improvisada torra de mando, viendo pasar aquella nube de polvo removido por el potente motor, contemplando el diminuto punto negro del aparato que se perdía en el horizonte, sintió en su interior una extraña alegría, un gozo infantil por aquel triunfo que constituía la culminación de su carrera, y que venía a glorificar en gran parte la memoria de su padre desaparecido.

Pero casi al mismo tiempo, la alegría fue sustituida por el temor. Tuvo miedo ante la amenaza que se cernía sobre ellos, miedo a que la invasión profetizada por Weissemer les encontrase desamparados e inermes frente a un enemigo desconocido. La pesimista impresión duró sólo unos instantes, y como consecuencia de ella se levantó en su pecho un ansia irrefrenable de trabajo, un deseo fantástico de multiplicarse, de fraccionarse en pequeños trozos cada uno de los cuales conservara en esencia sus mismas cualidades. Por eso, cuando la conocida voz de Cristina Tegel dijo a su lado:

—Ahora podemos respirar un poco más descansadamente, ¿no es así, señor Hansen?

... el «señor Hansen» se sorprendió a sí mismo con el retumbo sonoro de su voz exclamando fuerte:

—¿Descansar? Me temo, mi querida señorita, que esa palabra

habrá de ser borrada de nuestro vocabulario. Ese avión que acaba de partir nos ha señalado el principio de nuestras actividades; hora es ya de que nos ocupemos seriamente del «Proyecto Kristian», que nos entreguemos de lleno a la tarea hasta verlo culminado.

Cristina Tegel le miró con sorpresa, como si por primera vez le contemplara, y quizás pensó que dentro de aquella cabeza, tras aquellos rasgos severos y como esculpidos a cincel de 1a cara del muchacho, oculto en aquel cuerpo vigoroso y elástico, había mucha más energía de la que supuso.

—Me ha dejado usted apabullada —dijo— y eso que no soy perezosa ni remisa para el trabajo. Le aseguro que hablé de esa forma pensando sólo…

—Perdóneme, Cristina —cortó «el sueco»—. No me di cuenta de quien estaba a mi lado, y en aquellos momentos mi pensamiento se había remontado hacia otras alturas.

—No, ¡si no tiene por qué excusarse! Debiera ser yo quien lo hiciera —agregó un tanto irónica— porque mientras usted se enfrascaba en elevadas tareas, yo había descendido a la vulgaridad prosaica de los seres humanos que necesitan de vez en cuando nuevos horizontes en donde perderse.

Rio Hansen divertido y el pequeño enfado de la muchacha se disipó como una nube de verano.

—De acuerdo, Cristina —concedió—. Descendamos a esos horizontes prosaicos y enfrasquemos nuestra imaginación en nuevos aspectos de la vida.

—El principal de ellos, puestos a hablar de prosaísmo, es comer. Quizás los genios como usted no necesiten alimentarse, a menos que las fórmulas y los cálculos tengan poder nutritivo. Yo, más humana y por tanto, inferior, le confieso que tengo un apetito atroz.

—Eso es magnífico —se regocijó Hansen, pero debe ser una enfermedad contagiosa porque aquí… —se palpó el estómago con cómico ademán, aquí se me ha despertado un cosquilleo alarmante ¿A qué cree usted que obedecerá?

Ella apoyó el índice de su mano contra la barbilla adoptando una actitud pensativa.

—Veamos, veamos —rezongó imitando el tono cascado de la voz de Weissemer—. Sabiendo que la digestión de los alimentos dura unas ocho horas que han pasado más de quince desde la última comida normal que hemos efectuado y que el consumo de energías… ¡Eureka! —exclamó triunfante—. ¡Eso es, lisa y llanamente, hambre ¡Ah pero aquí asoman los destellos de mi

genio!

Y corriendo hacia el cobertizo contiguo regresó al momento con un voluminoso paquete cuidadosamente atado. Hansen reía como un chiquillo al contemplar las maniobras cómicamente serias de Cristina, y a su risa se unió la de ella, una cristalina carcajada que pareció llenar el espacio al desprenderse de aquellos labios entreabiertos tras los cuales fulguraban las menudas perlas de los dientes.

— ¡Aquí lo tengo, ingeniero! Esto es comida.

Desde hacía rato el aeródromo había ido quedándose desierto y los grupos de gente se distribuían nuevamente entre las distintas ocupaciones que les aguardaban. Hansen y Cristina se dirigieron hacia la elevación coronada por el bunker de cemento que constituía una de las entradas de Oasis, la misma por donde el muchacho penetrara tiempo atrás. Desdeñando el camino trazado desde la cumbre al llano, treparon por los peñascos agarrándose a los matojos y a los arbustos para facilitar su ascensión. En la cumbre, a espaldas del bunker, se acomodaron junto al resguardo de unas rocas que les defendieran de los rayos solares, molestos y calurosos ya. Desempaquetaron las viandas y alegres como escolares en vacaciones dieron cuenta de ellas salpicando la comida con animada charla.

Al terminar, y mientras Hansen encendía su sempiterno cigarrillo, Cristina se alejó para tornar a poco con un brazado de florecillas silvestres.

— ¡Mire, Hansen! —exclamó—. ¿No son realmente maravillosas?

El se la quedó mirando sin pronunciar una palabra y en su mirada hubo tal intensidad que la muchacha inclinó la cabeza mientras su rostro se enrojecía por el rubor.

—Otra vez he de rogarla que me perdone —se excusó «el sueco»—. Antes la oí reír alegremente y ahora la he visto como una flor más, como la más hermosa entre todas las que cogió. Durante mucho tiempo intenté ver en usted solamente a la reencarnación de un hombre de ciencia, me preocupé únicamente de que nuestra colaboración fuese eficiente, brillante y esperanzadora. Estuve ciego y fui un estúpido al no darme cuenta de que ese sabio, ese científico que hay dentro de usted, era solamente una mujer encantadora.

—Por favor, Hansen —cortó ella, más arrebolada aún—. No continúe por ese camino porque...

El había tirado su cigarrillo. El perfil armonioso de la muchacha,

al volverse avergonzada sin coquetería, se recortaba en la luminosa tersura del azul del cielo. Su busto, moldeado por la brisa que ceñía al cuerpo el traje que lo cubría, se agitaba a impulsos de su respiración entrecortada. Con dulce ademán, la mano de Hansen tomó la barbilla de Cristina obligándola a mirar hacia él; el parpadeo rápido de aquellos ojos produjo en el muchacho una impresión suavemente aletargadora que embotando su cerebro le hizo olvidar su propio nombre, su cargo, su trabajo, hasta su misma existencia. Se sintió deslumbrado y como si una fuerza hipnótica le atrajera sin remedio se fue acercando despacio, pausado y lento, hasta que sus labios encontraron los de ella y las bocas se unieron en apasionado beso.

CAPITULO V

AMENAZA LATENTE

CUARENTA minutos después de la partida del «Oasis-l» se recibió en la central de radio el primer mensaje de Jonás, que informaba acerca de la normalidad del vuelo sobre el océano. El aparato seguía la ruta polar y no había nada alarmante que señalar. Su emisora llamaba a Ontario aunque sin recibir respuesta.

Veinticuatro horas más tarde continuaba el silencio en los aparatos de Oasis, mudos desde aquel primer mensaje de Jonás que no había vuelto a repetirse. Un aparato magnetofónico conectado al transmisor emitía con intervalos de un minuto la contraseña establecida con el aparato para la mutua identificación, y ante los receptores se impacientaban los especialistas, ávidos por escuchar la respuesta que no llegaba.

Casi en el mismo período de tiempo un noruego llamado Engle, técnico en radar, completaba su informe, seguro de avanzar con paso firme por el camino de sus suposiciones.

—Vea usted, profesor Weissemer —explicó—. Comencé a percibirlo poco antes de la salida del «Oasis-1» y aunque al principio no le di Importancia, comprendo ahora que está íntimamente relacionado con el silencio de la radio.

Mostró una fotografía obtenida de la pantalla de radar gracias a una cámara automática que registraba en su película las imágenes que pudieran llamarse «anormales» entre todas las conocidas y acostumbradas que se reflejaban en el vidrio deslustrado de la pantalla.

—Esta fotografía es una de las primeras y esta otra, tomada noventa segundos después, nos muestra el desarrollo completo de lo que sucede.

En las brillantes cartulinas se marcaban una serie de blancos trazos, caprichosamente trazados, de distinto grosor e intensidad lumínica. Luego, en la segunda foto, podían verse esos mismos trazos, perdida su disposición y unificada su brillantez, agruparse para formar una especie de remolino, como una estrella erizada de rayos cuyo foco lo constituía un punto luminoso de unos cinco milímetros de diámetro.

—A intervalos regulares —proseguía Engle— irradian del foco esas líneas luminosas a semejanza de un faro que lanza sus

destellos. Es entonces cuando se forma ese remolino brillante. Comprendo que veinticuatro horas para dar el informe es mucho tiempo —sonrió excusándose—, pero quise estar bien seguro de lo que me hacía y no aventurarme a una hipótesis descabellada. «Eso» es lo que produce la interferencia en nuestros aparatos de radio, lo que anula e imposibilita nuestros medios de comunicación y la causa de que no se haya recibido comunicación alguna ni del aparato ni tampoco de Ontario, Canadá.

—No han descuidado detalle —masculló Weissemer sombrío—. Con toda seguridad sabían el plazo de duración de los efectos del gas «Q» y se previenen ahora contra los posibles focos que hayan podido sobrevivir.

—¡Por el amor de Dios, profesor! —exclamó Hansen, que al igual que muchos otros técnicos asistía a la urgente reunión convocada—. ¿Se está refiriendo a...?

—Sí, muchacho; temo que nos encontremos ante el principio del fin. Esas perturbaciones están producidas por «alguien» que ha conseguido incomunicarnos perfectamente.

—No por completo, profesor —repuso Engle—. Hay comunicación normal en un radio de cien kilómetros.

—¿Y qué suponen cien kilómetros en estas circunstancias? —dijo Weissemer—. Prácticamente, nada, porque en torno a nosotros no hay otro punto habitado dentro de esa círculo. Complete su informe, Engle; si es lo que me imagino, habremos de tomar inmediatas medidas para defendernos de este ataque invisible.

—El centro de las radiaciones —habló el técnico en radar— crea una cubierta eléctrica de diez mil metros de altura sobre la Tierra. Sus destellos llegan a nosotros en un segundo y fracción de segundo, procediendo de un punto situado en el espacio a una distancia de unos 385.000 kilómetros. Creo no equivocarme al precisar la distancia exacta: 384.395 kilómetros. Si ello es cierto, y como digo, lo es, sólo pueden venir del punto que ustedes han adivinado ya: de la Luna.

—Se me hace un tanto pesado el digerirlo —dijo Hansen.

—¿Por qué? —se extrañó el profesor—. ¿Acaso ante el hecho probado de que allí no exista la vida? ¡Tonterías!

—No es precisamente por ello, profesor; claramente puede apreciarse que «alguien» ha llegado a la Luna en un vehículo aéreo para instalar allí su mitro de perturbaciones. Es que no acabo de convencerme de que efectivamente hay un peligro que se cierne sobre nosotros, de que nos amenaza una nueva destrucción.

—Vaya desengañándose, muchacho —aseguró Weissemer—, a menos que prefiera quedarse en Oasis para presenciar la llegada de esos seres desconocidos. Probablemente será usted el único que lo haga.

—No insisto, profesor —repuso Hansen—. Disponga lo necesario para la defensa que todos secundaremos sus indicaciones.

—Eso es precisamente lo que pienso hacer... y sin perder un solo segundo. Bien, señores —agregó dirigiéndose a todos—. Ha llegado el momento de abandonar Oasis, poner en práctica los planes establecidos para la defensa y trabajar incansables para contraatacar con éxito, si es necesario.

* * *

En pocas horas cambió por completo la tranquila apariencia de Oasis bajo el influjo de las medidas adoptadas. La totalidad de la población había sido movilizada y en ordenados grupos acudía a los puntos que tenían designados; la sensación de inquietud que durante unos momentos hiciera acto de presencia en el centro nervioso de la ciudad, en aquella sala repleta de aparatos que controlaban no solamente las condiciones vitales de la ciudad sino también ejercían su vigilancia constante sobre el espacio, no parecía haber trascendido a la multitud ni siquiera después que los altavoces del circuito interior dieran cuenta de lo descubierto últimamente. Casi parecía que todos esperaban algo semejante, que hechos a la idea de que algún día habría de ocurrir, aceptaban el hecho con un fatalismo y una resignación no exenta de entereza.

Los servicios de transporte acarreaban los enseres y útiles de los primeros grupos que iban a partir, formados exclusivamente por especialistas, y reunían la maquinaria que necesitarían. Las bocas de acceso a la ciudad se habían abierto y por ellas surgían a la superficie patrullas armadas, vehículos pesados y cargamentos enteros de las más diversas materias. El pequeño ejército de Oasis, en estado de pre-alarma, se disponía a la defensa.

—No habrá más dificultad que la carrera contra el tiempo —había dicho el profesor Weissemer—. Nuestra salvación está asegurada con los proyectos «Cristal» y «Kristian» y es el primero de ellos el que llevaremos a la práctica.

En once horas la vía férrea de la superficie había buscado el camino más recto hacia el mar y los raíles se perdían por el norte sin que fueran obstáculos importantes las montañas que limitaban el horizonte. Sobre ellos se deslizaban los trenes de vagonetas en ir

y venir constante transportando gruesas planchas de cristal que se amontonaban en primeros junto a la costa. Dos docenas de campanas neumáticas y un equipo de compresores taladraban la inmensidad del mar desapareciendo bajo su superficie, ocupadas en la tarea de cimentación y fijación de la base sobre la cual tenía que asentarse la nueva ciudad.

Era el medio de defensa que tiempo atrás indicara Weissemer. El gas «Q» lo destruía todo a excepción del vidrio y el agua, y en el mar, encerradas en su seno, habrían de levantarse las ciudades del futuro. En Oasis habían contado con tal contingencia y desde el descubrimiento del mortífero gas se laboró incansablemente en el proyecto. Ingenieros y arquitectos trazaron los planos, dividieron la obra en millares y millares de piezas y ahora, como niños ante un gigantesco rompecabezas, los especialistas se afanaban por unirlas de nuevo.

—Vayamos nosotros a lo nuestro —dijo después el profesor a Hansen y a Cristina—. Nada tenemos que ver con la construcción de la ciudad y sí mucho con el «Proyecto Kristian».

—Está bien, profesor —repuso Hansen—. Pero quisiera hacerle antes una pregunta.

—¿Qué es ello, Hansen?

—¿Por qué dejaron para el último instante la construcción submarina? Ese proyecto debiera estar realizado desde mucho tiempo atrás.

—Me explico su extrañeza, Hansen. Lo que usted juzga imprevisión fue debido a que, pese a todos nuestros cálculos y a nuestros estudios, conservamos siempre la esperanza de habernos equivocado, de que la amenaza que adivinábamos fuese un error.

—Suena rara la palabra «error» en estos tiempos, profesor; pero usted sabrá por qué lo hicieron.

—Por esa y por ninguna otra razón, muchacho.

Se habían encerrado en la sala de trabajo contigua al laboratorio experimental con orden de que nadie les molestara, a no ser por algún motivo grave —Parece como si viviésemos de nuevo algo que ya sucedió antes —fue el comentario de Hansen hojeando el memorándum que su padre formara con los cálculos, documentos y notas de su proyecto.

—Sí, en lo que a usted se refiere, muchacho —repuso el profesor —. Nosotros estamos tan familiarizados con el «Proyecto Kristian», que nos da la sensación de que es algo natural en nuestra vida, algo que no ha dejado de acompañarnos un solo momento, ¿verdad,

Cristina?

Cristina Tegel, atareada sacando nuevos papeles, maquetas y dibujos, sonrió como respuesta y apartando de entre el mar de papeles que cubría la mesa lo primero que iban a necesitar, tomó asiento junto a los dos hombres. Se enfrascaron en la tarea estudiando las instrucciones escritas con aquella letra apretada que Hansen conocía tan bien e interiormente el pensamiento de los tres se deslizó hacia los mismos derroteros, hacia lo extraño que resultaba el hecho de que el hombre no hubiese logrado aún la completa conquista del espacio astral, no hubiese conseguido aún su más ardiente propósito, aunque los primeros pasos fueran dados mucho tiempo atrás.

Así ocurría. Ya en la segunda mitad del siglo XX, impulsada la humanidad por los descubrimientos conseguidos para la guerra, se habían hecho planes audaces que aseguraban una realización perfecta al cabo de un período de tiempo que se estipulaba entre quince y veinticinco años más tarde. Los estudios y experiencias llevadas a cabo con proyectiles-cohete, con reactores e ingenios mecánicos de extraordinaria potencia, aseguraban la posibilidad de alcanzar un día la Luna, primera meta del camino ambicionado, y llenar después el hueco que en las aspiraciones del hombre moderno suponía el verse constreñido a un solo planeta, sin esperanzas remotas de triunfar sobre la naturaleza.

Desde que Julio Verne, en alas de su fantasía desbordada, enviase a la Luna un proyectil habilitado, desde los motores a reacción, las velocidades supersónicas, el descubrimiento de energía nuclear y hasta los volubles «platillos volantes» tan frecuentes en aquella época, la máxima aspiración del género humano fue siempre la de realizar aquel sueño, de hacer efectiva la idea del novelista francés que con su imaginación portentosa se anticipara a los hombres de su generación profetizando unas maravillas futuras que sus contemporáneos calificaron de locuras inverosímiles.

Con el paso del tiempo se tuvo esa certeza. Se crearon incluso agencias de viajes interplanetarios que reservaban plazas para el hiperbólico cohete llamado a surcar las alturas insondables. Astrónomos, matemáticos y físicos eminentes aventuraban sus hipótesis, sus fantasías y sus proyectos. Se especulaba con el futuro, se hacían cábalas «a priori» acerca de unos resultados y unas consecuencias. Viejas teorías se hacían jóvenes y las conferencias, los libros, los artículos y la propaganda, todo giraba en torno al más sensacional de los descubrimientos- del siglo XX: el descubrimiento de la energía atómica.

Y el hombre consiguió su propósito o, al menos, alcanzar el primer jalón de la ruta marcada. Llevadas por cohetes radiodirigidos, una multitud de piezas heterogéneas fue lanzada al espacio en donde, después de unidas por telecomando, formaron una isla artificial que giraba en torno a la Tierra siguiendo una órbita fija. Después de esta fase preparatoria se lanzaron nueve triples cohetes con los hombres y los elementos básicos para construir la nave sideral que, desde aquella altura, había de alcanzar su objetivo. Se consiguió; se pisó el suelo polvoriento y muerto de la Luna, pero ello no aconteció hasta el año 1992, después de una serie de trágicos fracasos que no hicieron más que estimular el ardor de los vivos ante el espectáculo impresionante de los muertos, de la sangre que estaba costando su realización.

Después...

Fue necesario contentarse con lo conseguido. Se pudo escribir en los anales de la Historia que por vez primera seres humanos, no importa de qué nacionalidad, habían ido a la Luna, pero nadie fue capaz de asegurar que la tarea estaba terminada. Continuaron las experiencias y los estudios, pero aunque el espacio quedó poblado por las extrañas plataformas de los satélites artificiales girando impávidos en torno al planeta, otras ocupaciones más perentorias y urgentes dieron de lado a los trabajos que tan sólo prosiguió una minoría de científicos encerrados en sus laboratorios y campos de experimentación.

Era la eterna cuestión. Era la guerra y a ella se dedicaron los esfuerzos conjuntos para mantener una paradójica paz. Por ello se dio el caso curioso de que en pleno apogeo de la super-civilización alcanzada, de la época más deslumbradora y brillante de la humanidad, fueran relativamente pocos quienes podían vanagloriarse de haber estado en la Luna, ninguno que afirmase el completo dominio del espacio merced a vehículos aéreos creados por el hombre, y sí muchos millares que recordasen los días de tedio y mortal pesadez transcurridos durante su servicio en las islas o satélites artificiales desde entonces transformados en puestos de observación y bases para el lanzamiento de proyectiles radiodirigidos.

Y uno de aquellos científicos que tenazmente prosiguieron su labor alejados de todo cuanto no se relacionara con ella fue Kristian David Hansen, un ingeniero aeronáutico sueco y eminente físico galardonado con el Premio Nobel. Su obsesión fue en principio reducir el tremendo costo del combustible (hidrazina, helio y ácido nítrico) empleado en aquellos triples cohetes que enlazaban la

Tierra con las plataformas sidéreas, y construir después una aeronave que, partiendo de la superficie de nuestro planeta, alcanzase primero la Luna y fuese después susceptible de continuar su vuelo hacia otros astros sin necesidad de bases aéreas en donde aprovisionarse.

Prácticamente lo tenía todo: la energía atómica se había aplicado con éxito a la aviación, a la marina y a los vehículos terrestres. Ahora había que conseguir un horno atómico que devorase el material radioactivo transformándolo en un propulsor teóricamente infinito; idear un dispositivo que impidiese la dispersión de las partículas radioactivas, las concentrase y transformara nuevamente en material susceptible de nueva desintegración, con una pérdida por desgaste mínima y económica de reponer. Hacía falta también un sistema de protección contra la radioactividad, más eficiente que el empleado hasta entonces y que con el tiempo originaba fatales accidentes...

Adelantó mucho en su trabajo; consiguió crear lo que aún no existía y hasta logró atraerse sobre sí la atención de su gobierno que juzgó interesantes sus estudios y decidió llevarlos a la práctica en el menor tiempo posible.

—Entonces era cierto que el control de cualquier astro aseguraba el dominio sobre la Tierra —decía el profesor Weissemer con su voz cascada—. La guerra impidió sin embargo que tal cosa se realizara y ahora ha llegado el momento de poner en práctica aquella idea. Actualmente podemos afirmar sin lugar a dudas que el dominio, el control absoluto de cualquiera de los cuerpos celestes, es factor indispensable para nuestra supervivencia. Dependemos más dei «proyecto Kristian» que de la propia ciudad submarina y aunque fue lamentable que su autor no pudiera colaborar personalmente en la realización, a su hijo y a nosotros toca terminarlo.

—Manos a la obra, pues —dijo Hansen con entusiasmo—. ¿Cuándo comenzamos?

—Hace tiempo que comenzamos nosotros, Hansen —sonrió Cristina; entresacando unas listas de materiales—. El «Proyecto Kristian» es actualmente como un enorme rompecabezas que sólo está pendiente de su montaje.

—Entonces estableceremos una pugna entre los constructores, de la ciudad submarina y nosotros mismos. Veremos quien termina antes su respectivo rompecabezas.

—Si pudiéramos adivinar los propósitos de los agresores no

habría problema —dijo Weissemer—. Es tiempo lo que necesitamos y ahora me maldigo por mi estupidez por esperar en un error.

—No digo eso, profesor, y menos ahora que vamos a vivir de una esperanza —contestó la muchacha.

—Tienes razón, Cristina —suspiró tristemente el anciano—, pero el mundo, a lo largo de su existencia, ha vivido siempre suspirando por algo mejor… y ya ves hasta dónde nos ha conducido esa esperanza: a un momento de temor y desesperación ante la amenaza latente que se cierne sobre nosotros.

CAPITULO VI

PREPARATIVOS

MALDÍTA sea mi sangre! —renegaba Jonás midiendo a grandes zancadas el cobertizo en donde estaba encerrado el «Oasis-1».

—Calma,- «viejo» —le tranquilizó Karl—. Espe- remos que a Frank y a Festen les hagan caso hoy.

— ¡Eso es lo que me indigna, Karl! —se exaltó el piloto—. Parece mentira que estemos dos días en Ontario, que nos hayan deslumbrado con los adelantos que esta gente posee, que nos hayan restregado por los hocicos, ¡sí, por los hocicos!, su pimpante flota aérea y que pierdan el tiempo en discusiones acerca de lo que hayan de resolver frente a la cuestión expuesta por Frank y por Festen. ¡Estos hombres están ciegos, muchacho!

—Peor para ellos —sentenció Karl—. Ocasiones sobradas tendrán para maldecirse por su estupidez y no seremos nosotros responsables de cuanto les ocurra.

Tenían razón en su enfado. Desde el momento en que sobrevolando el océano perdieran el contacto por radio con Oasis, desde que cruzaran sobre el polo para dirigirse a Ontario, la dotación del aparato habla pasado por una serie de sorpresas jamás imaginadas. Aparte de las malas condiciones atmosféricas y de una pequeña tormenta eléctrica, nada grave había ocurrido durante el vuelo, de no ser la inquietud que les produjo la pérdida de contacto con la base, no obstante haber asegurado Festen que el transmisor funcionaba perfectamente y repetir constantemente Frank la contraseña establecida.

Sobrevolaron luego las tierras ondulantes del Canadá y poco después, ante el silencio constante de la radio, que no respondía a sus llamadas frenéticas, percibieron el brillo deslumbrante de una ciudad herida por los rayos del sol que comenzaba a despuntar sobre las nubes. Aquello era Ontario, una población por la que no parecía haber pasado la guerra con su destrucción y sus horrores. Los edificios se esparcían por la llanura, se adivinaba la vida bajo aquel conglomerado de casas de donde partiera la señal que les hizo venir creyendo hallarse ante grupos desperdigados de gente ansiosa de recuperación.

—¡Atención, Jonás! —advirtió Frank—. ¡Aviones por babor!

Cuatro puntos negros venían hacia ellos con tremenda

velocidad, agrandándose por momentos en su rápido vuelo.

—¡«Oasís-1» llamando a aviones! —gritó Festen «ate el micrófono—. ¡Oigan, aviones; aquí «Oasis- l» en vuelo hacia Ontario!

No hubo respuesta alguna. La escuadrilla que venía a su encuentro se desplegó en línea, se abrió para dejar paso al solitario aparato y luego cerró sobre él siguiendo sin esfuerzos su velocidad.

—¡estaría bueno que nos ametrallaran! —rugió «el viejo»—. ¿No hay manera de comunicar con ellos?

Frank estaba ya haciendo centellear a través de los cristales los puntos de luz de una lámpara. Sus conocimientos del inglés eran más que suficientes para expresar lo que quería. Otro centelleo le contestó desde la cabina del aparato que volaba a su izquierda.

—No hay cuidado —tradujo satisfecho Frank—. Dicen que tampoco funcionan sus emisoras de radio y preguntan si sabemos la causa.

— ¡Demonios! —rugió Jonás—. ¿Cómo vamos a saberlo si tampoco nosotros tenemos contacto? ¡Eli, Frank! —añadió—. ¿Se ha fijado en esos «cacharros»?

—Desde luego que sí; hasta parecen mejores que el nuestro.

Los aviones que les acompañaban eran todos de corte militar, propulsados por dos reactores al parecer atómicos y ocupados cada uno por un solo hombre. Junto al brillo opaco del «Oasis-1» contrastaba e! destello fugaz de su estructura metálica que les daba la apariencia de relámpagos plateados, y aun dentro de su menor tamaño en comparación con el aparato viajero, daban una sensación de poder y de fuerza, incrementada con la visión de los amenazadores cañones que asomaban por sus morros afilados.

Siempre con señales ópticas fueron invitados a seguirles y a tomar tierra en la mancha amarillenta de un aeródromo. Luego se precipitaron los hechos en forma rápida. Calmada la ansiedad y la sorpresa que su llegada causó, llevados a presencia de los rectores de aquella ciudad, tras un rápido viaje en automóvil desde el aeródromo, comenzaron a enterarse de los pormenores más interesantes. La guerra también llegó a. Ontario para sumirle en el signo de la destrucción; pero sin embargo, la idea que sus habitantes tenían con respecto al futuro difería en mucho a las conclusiones del profesor Weissemer. Frank temió que les tomaran por locos ni predecir y asegurar la amenaza que se cernía sobre la Tierra, al explicarles el peligro que corrían los supervivientes si no sé agrupaban para aprestarse a la defensa, si no cambiaban el

emplazamiento de sus ciudades acomodándolo a las nuevas exigencias.

—Bromea usted —fue la más sensata respuesta que un general de Estado Mayor dio a Frank—. Contemple la ciudad desde esta altura y se convencerá por sí mismo de cuanto yo pueda decirle.

Obedeció sugestionado Frank y se asomó al ventanal que desde el cuarto piso del cuartel general ofrecía una amplia panorámica sobre la urbe. Contempló los edificios de dos y tres pisos, erguidos y enhiestos; las calles rectas, como trazadas a cordel, pobladas por un enjambre de rápidos vehículos y multitudes apresuradas; los jardines y parques de recreo, las autopistas que se perdían en dirección al aeródromo…

—Todo cuanto usted ve no existía hace tres años —proseguía el militar—. Ontario es ahora una Babel moderna en donde se juntan y mezclan seres de distintas nacionalidades; hay americanos del norte, llegados en tropel con los primeros fugitivos; mejicanos morenos y atezados que cayeron sobre Ontario como plaga de langosta a bordo de sus aviones; brasileños, guatemaltecos, algunos argentinos… Todos se han mezclado con los propios indígenas hasta formar una población de más de cien mil almas. Todos han asistido al resurgimiento de sus nuevos hogares, han trabajado desesperadamente para seguir viviendo, han progresado y vencido a la adversidad, se han forjado una felicidad y un porvenir… Nos hemos compenetrado en la lucha por la existencia y aunque no sabemos si alguien más en el mundo ha conseguido nuestro esplendor, intentamos ponernos en contacto con los posibles supervivientes sin obtener respuesta hasta hace poco.

—No me lo explico, señor —repuso Frank—. Puedo asegurarle que nosotros, desde Oasis, tratamos también de comunicar con el resto del mundo sin resultado, como usted dice, hasta hace poco. Pero ello viene a ser un argumento más en mis afirmaciones; «alguien» interfiere nuestras comunicaciones de un modo tan completo que nos ha mantenido aislados durante años enteros.

—Reconozco su parte de razón, señor Frank; pero nuestros científicos encontraron una solución aceptable: es posible, y con toda seguridad cierto, que las capas de la atmósfera sufriesen una completa alteración en cuanto a la transmisión de las ondas etéreas y solamente cuando esa alteración se reduce son posibles las comunicaciones por radio. Estamos hechos a esta idea y todos nuestros vehículos militares, tanto terrestres como aéreos, han retrocedido en el progreso para adoptar los medios ópticos de comunicación.

—No me convence, general. ¿Es que sus pantallas de radar no les han dado otra explicación más plausible que les haga descender del inmoderado orgullo a que han sido arrastrados debido a su propio esfuerzo de recuperación?

—La respuesta que le he dado es el resultado de las experiencias —repuso secamente el militar—. No puede haber otra.

—Pero… ¿y el gas «Q»?

—Fantasías, señor Frank. A eso puedo contestarle con conocimiento de causa, puesto que soy norteamericano, nacido en Milwaukee. Ya sabe Usted que los Estados Unidos venían desde mucho antes de comenzar la guerra, decenas de años antes, dedicados a la fabricación de un terrible gas que aniquilaba y destruía todo ser viviente es pocos segundos.

—El «gas nervioso», ¿no es cierto, general?

—Exactamente. Por todo el país se distribuyeron los almacenes y depósitos de ese producto que se dedicaba a asegurar una paz duradera; pero la guerra dio al traste con nuestros propósitos. Cuando los rusos iniciaron las hostilidades, sus proyectiles se abatieron sobre todo el mundo destruyendo los ejércitos, las flotas navales y aéreas, los seres vivientes y las ciudades. En los Estados Unidos esta catástrofe adquirió caracteres de verdadera hecatombe; las explosiones liberaron el gas almacenado, reventaron sus depósitos, lo esparcieron por los ámbitos más insospechados. En alas del viento llegó posiblemente hasta Europa y el África; quizás alcanzó las costas orientales de Asia y Oceanía cruzando el Pacífico. Las convulsiones de la atmósfera fueron más que suficientes para esparcirlo por todo el mundo. No existió el gas «Q»; fue el «gas nervioso» lo que aniquiló la Tierra.

—¿Tan seguro está, general?

— Dije antes que le hablaba con conocimiento de causa. Tengo ahora sesenta y cuatro años y desde los treinta y dos estuve al frente de uno de los depósitos militares de guerra química; puedo darle, por tanto, unas informaciones, unas cifras exactas que —sonrió escéptico— en otros tiempos darían motivo para el fusilamiento per espionaje y traición. Si conoce los efectos del «gas nervioso», quizás pueda convencerle la noticia de que un billón de litros de gas bastaron y sobraron para destruir el mundo. Le he dado una explicación, ha escuchado mis palabras y ha contemplado la ciudad. Nada más puedo decirle, si no es que ni tan siquiera uno de sus habitantes podrá llegar a creer que nuevamente puedan ser borrados de la faz del planeta. Eso es todo, señor Frank. Si algo nos

amenaza, contamos con un ejército minúsculo, pero aguerrida y bien entrenado; una flota aérea nada despreciable, dentro de su pequeñez, y una voluntad decidida de vencer.

—Sin ánimo de ofenderle, general —dijo Frank sarcástico—, yo llamaría a eso «fanfarronería». Habla usted de un ejército y de una aviación; no me importa su pequeñez ni su grandeza, pero ¿qué podrán todos ellos contra un enemigo que procede de otro planeta? -¿Acaso se han molestado en precaverse contra él?

—Estamos preparando nuestras propias naves siderales, señor Frank, y quebranto el secreto establecido porque me consta que tanto usted como sus compañeros llegaron de buena fe a brindarnos una protección y una ayuda que no necesitamos. Si acaso —sonrió — seremos nosotros quienes tengamos que echarles una mano a ustedes.

—Fue característico de los norteamericanos el ayudar siempre a los demás, aunque sólo fuese porque de esta manera se ayudaban ellos mismos, general. No rechazo ese ofrecimiento, pero también deseo que mi información, la noticia del peligro, sea considerada por la ciudad en peso, por las mentes que rigen sus destinos, antes de decidirme a emprender el regreso a Oasis para dar cuenta de mi triunfo o mi fracaso.

—Le complaceré al menos en esto —repuso el militar, deseoso sin duda por terminar la entrevista—. La conversación que hemos mantenido y que un magnetófono ha grabado, será escuchada por el Consejo Rector de Ontario. Mientras tanto llega su respuesta, considérense nuestros huéspedes; la ciudad está a su disposición.

Y así llevaban cuarenta y ocho horas. Mientras Frank y Festen hacían antesala en las oficinas del Consejo Rector o distribuían su tiempo entre las visitas a los centros fabriles y los recorridos por la ciudad, Jonás y Karl, más el primero que el segundo, se consumían de impaciencia a lo largo de sus idas y venidas al aeródromo, sus inspecciones al aparato y sus charlas insubstanciales con los pilotos.

Por ellos supieron que los supervivientes crearon una gran industria y multitud de centros de experimentación de donde salieron los nuevos aparatos que componían su flota aérea, integrada por más de un millar de aviones atómicos. Contaban glorias y grandezas de sus adelantos, de sus estudios y de su progreso. Luego venían las sonrisas burlonas y las frases compasivas cuando llegaban las frases de los dos europeos dando cuenta de lo que se avecinaba.

—¡Es inaudito! —rugía Jonás—. ¡Se les llena la boca hablando

de sí mismos!

Karl se limitaba a sonreír y tornaba la vista para contemplar a una linda muchacha, un piloto más entre los muchos de su sexo que servían en las Fuerzas Aéreas y que para él reunía todas las condiciones esenciales de una mujer. Se llamaba Ketty, había nacido veintitrés años atrás en Ottawa y les servía de guía en sus recorridos por las instalaciones aéreas. Para Karl «el rubio», que al igual como a los restantes del grupo de Hansen, no había tenido mucho tiempo para ocuparse del amor, fue una visión cegadora que le deslumbró, como un imán que le atraía con fuerza y que hizo despertarse en él unas dotes de galantería y seducción que jamás imaginó poseer. No habían pasado desapercibidas sus maniobras a la muchacha y entre los dos se había entablado un mudo tiroteo, una pugna de calladas promesas que hacían desear íntimamente a Karl que la estupidez de los rectores de Ontario se prolongase ahora indefinidamente.

Por ello sufrió una amarga desilusión cuando aquella mañana Frank y Festen penetraron en el hangar. Sólo con ver sus rostros podían adivinarse sus informaciones,

—¡Estos fatuos, orgullosos y estúpidos! —-venía renegando el suizo—. ¡Bonita generación de científicos y sabios les ha caído en suerte! Tienen respuesta para todo, son amablemente comprensivos para los pobres supervivientes de Europa, pero no cejan en sus propósitos. El mundo no ha cambiado ni siquiera con la guerra, la desgracia y la miseria.

—Entonces, Frank... —aventuró Karl.

—Hemos fracasado como diplomáticos, muchacho. Si queremos defendernos de la amenaza habremos de hacerlo solos, dejando a los demás que paguen el precio de su estupidez. ¡Sí, Karl, sí! Son seres superiores, están a cubierto de todas las asechanzas y llegan en sus pretensiones hasta querer ayudarnos... ¡A nosotros, a los habitantes de Oasis!

—Allá ellos, Frank —terció Jonás—. ¿Cuándo regresamos con los nuestros?

—Habrá que aguardar unos días —repuso el suizo dando un pábilo de esperanza a Karl—. Con nosotros va a venir una comisión investigadora que informará al Consejo Rector de Ontario acerca de nuestros progresos y adelantos. Es la «ayuda» que antes mencioné; quieren ver qué cosas hay en Oasis que no tengan ellos o qué tienen ellos que no exista en Oasis, y establecer un parangón cuantitativo. Han de tomarse tiempo para designar a los pilotos que nos

acompañarán, instruirles y equiparles como si se dirigieran a una región desolada y muerta.

La indignación y el despecho que vibraban en las palabras de Frank quedaron flotando en el aire al conjuro de uno sólo de sus conceptos. «¡Necesitan tiempo...!» Y eso era de lo que más escasos andaban en Oasis, una ciudad subterránea perdida en las inmensidades de Suecia.

* * *

—Aquí tiene el informe de la Factoría Dos, profesor —dijo Hansen tendiéndole un papel—. El «Oasis-2» ha sido terminado y va a entrar en pruebas.

—Está bien, muchacho. Si dentro de diez días no han regresado Frank y los suyos, les enviaremos en su busca. Veamos ahora el otro informe, el de Pierre «el francés» y sus hombres.

Hacía cinco días que los dos grandes grupos de Oasis comenzaran sus respectivos rompecabezas. Los de la ciudad submarina, con mangueras de aire a presión, habían abierto un centenar de pozos en el légamo y fango de las profundidades del mar hasta encontrar roca viva, deslizaron en ellos los pilotes del basamento y se preparaban, cada hombre dentro de su escafandra de presión, para iniciar el trabajo de asentamiento de planchas.

Las cuadrillas de Hansen, dirigidas por Pierre «el francés», habían transportado hasta el aeródromo el cargamento ingente de materiales y piezas, brazadas enormes de tubos de acero y placas de vidrio grueso. Además de todo ello, en, el sitio designado de antemano levantaron dos torres metálicas de cuarenta metros de altura y un cabrestante eléctrico mantenido en equilibrio sobre sus tensores metálicos a- una altura superior a los treinta metros.

Weissemer, «el sueco» y Cristina Tegel hablan multiplicado sus esfuerzos mientras tanto. A los dos últimos, sobre todo, les resultó imposible entretenerse en otra cosa que no fuese el trabajo y fue la misma muchacha quien trazó el camino a seguir.

—Creo que lo comprenderás, Hansen —dijo— Como mujer me sentiría halagada escuchando tus frases de cariño y sabiéndome el objeto de tus pensamientos, pero mal podríamos saborear una felicidad, a la que en conciencia tenemos derecho, con la visión constante do la amenaza que se cierne sobre todos nosotros. Prefiero que veas nuevamente en mí la reencarnación de un científico, que me consideres como un auxiliar tan sólo... Bueno —agregó picaresca—, no hará falta que extremes mucho tus

apreciaciones y que de vez en cuando…

Un beso de Hansen fue la mejor respuesta y luego agregó el muchacho —Trataré de hacerme el ánimo, Cristina. Pero habremos de darnos prisa en terminar el trabajo porque no sé hasta donde resistirán mis fuerzas con respecto a… «mi ayudante».

Y bajo la mirada socarrona de Weissemer, para quien no era un secreto las relaciones entre ambos jóvenes, continuó la tarea de un modo apresurado y seguro.

Las indicaciones de Kristian David Hansen eran concretas. Su nave sideral estaba perfectamente planeada y solamente la experiencia o posteriores descubrimientos las hablan modificado. Por ejemplo: Kristian Hansen daba como materia prima para la envoltura externa del cohete una aleación de duraluminio y acero con la que no podía contarse ahora. En su lugar se hicieron los cálculos necesarios —mediante un cerebro electrónico— y se sustituyó por una delgada capa del mejor acero sueco que se fabricaba en Oasis con un revestimiento interno de cristal. El ahorro de peso benefició al aparato propulsor y al equipo científico de la nave, al armamento y al utillaje.

La nave de Kristian David Hansen era un huso alargado, de líneas aerodinámicas y forma de torpedo naval. Tenía noventa metros de largo y dieciséis de diámetro máximo, estando rematado en la popa por cuatro grandes aletas directrices que hacían las veces de timones de dirección y profundidad. Entre ellas se abría el negro agujero de la tobera de escape de gases del motor principal y sobre el casco, en el tercio de cola, estaban montados dos motores escamoteabas orientados en sentido contrario a la marcha. A proa iba una cabina acristalada rematada en su vértice por un pequeño observatorio astronómico.

Estudiando los detallados planos, contemplando las maquetas que reflejaban las ideas del papel, se admiraba el a la vez sencillo y complicado cúmulo de detalles que llenaban su interior. La ascensión del cohete se efectuaría en posición vertical y por la proa comenzaba el memorándum que hacía la descripción de su utillaje. Cinco pisos tenía la parte destinada a la tripulación, con alojamiento total para veinticinco hombres. En el primero de ellos, comenzando por arriba, estaba el puesto de control, la cabina del comandante de la aeronave, al alcance de cuyo sillón giratorio estaban todos los mandos esenciales del vehículo aéreo que daban los datos de reserva de material radioactivo, temperatura del motor y de la envolvente del cohete, presión y humedad internas, y un enorme salpicadero de donde nacían las lecturas de velocidad en las

esferas graduadas, comunicaciones etéreas, radar auxiliar y televisión. Mantenida por fuertes columnas metálicas se elevaba en el techo acristalado la cúpula del observatorio astronómico, equipada con persianas refractoras para interceptar la luz solar que atravesaría sus cristales.

En el piso inmediatamente inferior se había señalado sitio para un cuarto de aseo y había una nota marginal de puño y letra de Kristian Hansen indicando que, dadas las condiciones de presión durante el vuelo, el mejor sistema de higiene corporal lo constituirían los baños de esponja. En el mismo piso Iría también instalado un trazador de rumbos que automáticamente registraría el paso de la nave a través del espacio, efectuando las correcciones necesarias un «cerebro electrónico» para los cálculos siderales, un reloj eléctrico para medir el tiempo desde la partida y tres pantallas televisoras en donde se reflejarían las sucesivas posiciones del vehículo cohete con relación a un horizonte artificial que se determinaría desde la cúpula astronómica.

El tercer piso estaba dedicado totalmente a dormitorio de la tripulación, cocina y comedor. Las literas iban colgadas de las columnas y puntales que sostenían el techo, y era curioso conocer el sistema mediante el cual debían alimentarse los tripulantes en caso de que fallara el mecanismo que originaba un centro artificial de gravedad en el interior del cohete. Una mesa circular se alzaba en el centro de la estancia, puesta en comunicación con la cocina y el fregadero automático mediante tres carriles deslizadores. Por dos de ellos venían del hornillo electrónico los alimentos sólidos y líquidos y la mesa giraba sobre un eje central de modo que los comensales no tuvieran casi que hacer ningún movimiento para comer. El alimento iba casi directamente a la boca de cada uno de ellos, siempre por medios mecánicos, y después, por el tercer carril, pasaban sus residuos a la cloaca y los platos al fregadero.

El cuarto piso encerraba los principales cuadros de distribución eléctrica, las estanterías y anaqueles en donde se guardarían los equipos, escafandras individuales, provisiones y pertrechos de toda la tripulación. Se marcaba allí un nuevo cuarto de aseo junto a la escala que comunicaba todos los pisos entre sí.

La planta inferior, quinta comenzando por arriba, estaba atestada con las máquinas auxiliares. A lo largo de los muros e inmediatamente debajo del techo estaban los depósitos de agua y oxígeno, las bombas insufladoras de aire y los tanques en donde había de recogerse el agua que se recuperase de la propia atmósfera del vehículo. Debajo de ellos se montaban los acumuladores

eléctricos, los sistemas de acondicionamiento de aire, el regulador automático de temperatura y la estación depuradora de agua. Bajo las planchas del piso estaban instaladas las cloacas.

Inmediatamente después había un enorme departamento estanco cuyo límite inferior coincidía con la mitad exacta del cohete. En su centro se abría un túnel circular que encerraba la escalera cuyo terminal era una amplia plazoleta con las aberturas correspondientes a las distintas esclusas de presión. Allí se abrían las salidas exteriores del cohete mediante cámaras estancas de presión regulable, y nacía también un elevador eléctrico que ahorraba el trabajo de trepar por la escala a los distintos pisos. Aquel departamento, el más amplio de todos los pisos del cohete, se destinaba a almacén de repuestos, reservas de material radioactivo, alojamiento para los vehículos terrestres y aéreos a transportar por el cohete y depósito suplementario de agua, víveres y municiones para las armas de a bordo.

Contemplando los diseños, Hansen sintió el orgullo de saberse hijo del creador de todo aquello y dedicó un recuerdo emocionado a Kristían Hansen, que desde la eternidad parecía ayudarles en la realización de su proyecto.

Siguiendo la inspección de arriba hacia abajo se llegaba a la sala de máquinas, distribuida entre toda la mitad de popa de la aeronave. Allí estaba el horno atómico, los dos motores acoplados en línea que serían movidos por la energía nuclear, el revoltijo de quemadores, filtros, pulverizadores, tuberías de gases y toberas de escape. Estaba también el freno aéreo, la idea feliz del constructor que señalaba la posición de aquellos dos motores escamoteables, orientados en sentido inverso al sentido de la marcha y que permanecerían ocultos dentro del fuselaje hasta el momento de aterrizar. Sólo entonces saldrían de sus escondrijos y lanzarían «hacia adelante» el chorro de gases de sus toberas, reduciendo la velocidad adquirida por la aceleración progresiva del cohete, frenándole, en una palabra, antes de que la nave sideral voltease sobre su eje para descender de cola sobre su punto de destino. Toda la parte mecánica estaba dirigida por control remoto y separada de la parte habitable por un doble tabique de acero, con una separación de cincuenta centímetros, con las paredes sometidas a una corriente eléctrica de distinto voltaje en cada una de ellas. Era el medio defensivo contra la radioactividad ideado por el ingeniero creador del proyecto…

El timbre del teléfono repiqueteó impaciente y en su pantalla televisora se reflejó la imagen de un hombre.

—Radar de guardia —habló—. Continuamos sin comunicación por radio, pero la pantalla de radar ha detectado siete puntos que se dirigen hacia aquí. He dado la alarma,, aunque desde luego, se han identificado como aviones.

—Conforme, muchacho —repuso Hansen cerrando el contacto.

—Puede ser Jonás que regresa con escolta aventuró Cristina.

—Tiene que serlo forzosamente —casi gritó el profesor Weissemer—. Es del todo necesario que así sea —Vamos a recibirlos, profesor —pidió Hansen tomando el brazo de Cristina que se había acercado a él como una demanda instintiva de protección—. Porque, por el contrario, pobres de nosotros si nos equivocamos.

CAPITULO VII

VOLUNTAD INDOMABLE

LAS escuadrillas de trabajadores se habían retirado con rapidez, los mecánicos estaban aprestando al «Oasis-2» para lanzarlo al aire sin haber sido probado y en torno al antiaéreo atómico emplazado en la colina el «bunker» se reunían sus servidores con la vista dirigida hacia el lugar por donde se acercaban los puntos negros. El mensaje recibido de la gente que trabajaba junto al mar indicaba que también ellos habían buscado protección y que se disponían a repeler cualquier ataque de que fueran objeto.

Hansen, Cristina y el profesor llegaron al aeródromo en a una de las vagonetas eléctricas que lo comunicaban con Oasis y recogieron el suspiro de alivio que escapaba de todos los pechos al reconocer la inconfundible silueta del primero de los aviones que llenaban el cielo con su silbido atronador. A los gritos de júbilo pareció responder Jonás con las endemoniadas cabriolas que hizo efectuar al «Oasis-1», y poco después el aparato enfilaba la pista perdiendo altura y velocidad, tocando el suelo con su tren de aterrizaje y rodando rápido hacia el otro extremo. De su carlinga partió una serie de destellos como señal de aviso a los seis aparatos que desplegados en línea cruzaban por encima y con los últimos estertores del motor cuatro figuras saltaron a tierra para correr hacia el grupo que les aguardaba.

Hansen y Jonás se fundieron en apretado abrazo; los saludos y las manos extendidas acogieron a Frank, a Festen y a Karl y durante unos momentos la alegría del recibimiento les invadió a todos hasta que su atención fue atraída por la maniobra de la flota aérea que se disponía a tomar tierra.

Lo hicieron en primer lugar cuatro estilizados cazas, estremeciéndose con el rebufo potente de sus dos reactores. Sin perder la formación, con una compenetración perfecta, pareció que una misma mente dirigiera los cuatro aparatos al dejarlos clavados sobre la pista a un mismo tiempo. Luego aterrizaron dos gigantes de los aires, dos enormes transportes tiñendo el azul del cielo con el cuádruple chorro de sus motores atómicos. Chirriaron los frenos y los aviones se detuvieron frente al terminal de la pista, en la rotonda ocupada por el nutrido grupo que hacía las veces de comisión oficial de recibimiento. La tripulación de los seis aviones, seis mujeres y catorce hombres, todos uniformados, formó ante los

aparatos y en posición de firmes fueron presentados por Frank a Weíssemer y a los demás.

—Coronel Forster, de las fuerzas aéreas; capitanes Field y Harris, ingenieros aeronáuticos; tenientes Mendoza, Fraser...

Siguieron los nombres y las graduaciones, el rango y las especialidades de cada uno de ellos Llegaban expertos en radio y radar, dos auxiliares femeninos de meteorología, mecánicos motoristas, artilleros y fotógrafos...

—...y el señor Henry Blunt, miembro del Consejo Rector de Ontario —terminó Frank.

—Bienvenidos todos —correspondió Weissemer después que Jonás efectuara las presentaciones de los jefes de Oasis—. Estamos satisfechos de tenerles entre nosotros y la ciudad está a su disposición. Quizás la encuentren solitaria y desierta, perdida su alegría y su bullicio habituales; pero todos estamos enfrascados en importantes trabajos que monopolizan nuestros esfuerzos.

—Gracias, señor Weissemer —repuso Henry Blunt—.Traigo el saludo de los míos y venimos corno embajada amistosa para colaborar en la nueva prosperidad de la Tierra.

El leve gesto de extrañeza de Weissemer ante las palabras del recién llegado fue correspondido por la interrupción atropellada de Frank, que decía:

—Yo se lo explicaré, profesor. El informe que todos traemos de Ontario impone una reunión urgente.

—Excúsenme si no asisto a ella —dijo Hansen—. Debo inspeccionar los trabajos.

Se deshicieron los grupos al dirigirse unos a la ciudad subterránea y diseminarse otros por el aeródromo, contemplando curiosos los aparatos y ponderando sus cualidades. «El sueco» hubo de repetir la llamada, a sus hombres y con ellos se dirigió hacia las torres metálicas que se alzaban a un lado dé la pista. Allí le recibió Pierre «el francés»:

—Hola, Hansen —saludó—. El túnel de salida de gases está terminado. Podemos empezar a montar la sección de cola del cohete.

—Es precisamente lo que iba a indicarte, Pierre. No quiero en modo alguno que los del norte terminen antes que nosotros su rompecabezas.

—Permítame, señor Hansen —dijeron tras él.

—¡Karl, muchacho! —exclamó «el sueco»—. ¡No pude saludarte antes y deseaba hacerlo!

Sacudió vigorosamente su mano y se quedó mirando la linda apostura de la acompañante de «el rubio».

—Es el teniente Fraser, Ketty Fraser —presentó—, piloto de Ontario y además… además mi prometida. Costó mucho el conseguir que formara parte de la expedición —sonrió—, pero al fin pude conseguirlo.

—Encantado, señorita Fraser; encantado y enhorabuena. Espero sabrá perdonarme si en más de una ocasión retengo a Karl a mi lado. Le necesitaré muchas veces.

—¿Tan importantes son esos trabajos? —preguntó ella.

Van en ellos nuestras vidas, no solamente las de Oasis sino quizás las de todo el mundo.

—Interesante y convincente razón —murmuró la muchacha un tanto despectiva.

Hubo de intervenir Karl del mismo modo que antes lo hiciera Frank.

—Ya se lo explicaré, señor Hansen, o mejor dicho, lo sabrá usted en seguida. Frank debe estar dando cuenta al profesor Weissemer de nuestro fracaso diplomático.

—¿Fracaso, Karl? ¿En qué sentido?

—No han creído nada de cuanto les dijimos. Han venido a ayudarnos.

Hansen miró a Ketty Fraser que le contemplar a a su vez, entre curiosa y segura de sí misma —Cometen un grave error, señorita —dijo el ingeniero—; más grave de lo que parece.

—No estoy muy al corriente de lo que ocurre, señor —repuso ella—. Soy piloto y obedezco órdenes del mando; pero así y todo, creo entender que nuestros científicos dieron una explicación plausible y aceptable.

—No hay nadie en el mundo que esté exento del error —remachó Hansen—. Nosotros mismos confiamos demasiado tiempo en habernos equivocado y hoy en día lamentamos nuestra actitud, ya que de no ser por ella, todo cuanto usted ve, hilvanado y apenas hecho, estaría ya terminado y a punto. Puedo asegurarle sin lugar a dudas que el error parte esta vez de allende el Atlántico.

—Es posible —aceptó la muchacha mientras Kart la contemplaba con inquietud al ver los giros que estaba dando la polémica—. Puede que tenga usted razón, pero no soy yo la más indicada para discutir sus puntos de vista. Conmigo han venido personas que asumen la responsabilidad total de cuanto pueda ocurrir en el futuro.

—Es cierto, señorita —terminó Hansen, inclinándose galante—. Será mejor discutirlo con ellos.

Cristina Tegel llegaba en aquel momento acarreando una pesada carpeta rebosante de papeles. Se acercó al grupo con la mejor de sus sonrisas y después de saludar efusiva a Karl escuchó la presentación que hacía Hansen.

—El teniente Fraser, piloto de Ontario y prometida de Karl La señorita Cristina Tegel, técnico en reactores, mi mejor ayudante y mi futura esposa.

Poco después, enfrascados ya en el trabajo, cuando Ketty y Karl regresaron a la ciudad, Hansen lanzó una corta carcajada nerviosa —¿Qué te ocurre-, cariño? —preguntó Cristina.

—Estoy pensando hasta qué punto llega el orgullo y la vanidad humana para cegar incluso el pensamiento. Me refiero a la embajada que acaba de llegar, y resulta verdaderamente irónico que hayan venido «para ayudarnos». Si todos son como la prometida de Karl, nos van a crear bastantes problemas; le he dicho a esa muchacha unas cuantas verdades y hasta he podido darme cuenta de que no le he resultado demasiado simpático.

—No me interesa lo último —murmuró Cristina acercándose a él —. Mientras no sea yo quien te demuestre esa antipatía, nada ocurrirá que enturbie nuestro porvenir.

* * *

—Y eso es todo, Hansen. Un completo fracaso —terminó el profesor Weissemer después de darle cuenta de la entrevista mantenida con el coronel Forster y el señor Henry Blunt—. Si queremos luchar por nuestra supervivencia habremos de hacerlo solos. Imagínate que trajeron los dos transportes para evacuar en último extremo a la población de Oasis —mascculló nervioso—. ¡Es increíble!

—Sí que lo es, profesor. Y dígame, ¿en qué va a consistir la ayuda que nos presten?

—-En primer lugar, asesoramiento técnico, investigaciones científicas y trabajos de precisión. ¡Como si nosotros necesitáramos algo de eso! Luego, hasta es posible que nos envíen primeras materias, explosivos nucleares y armamento.

—Pedirán, como es natural, una compensación.

—Efectivamente. No puede ser económica, puesto que, al menos para nosotros, el dinero carece de poder adquisitivo. Será una especie de intercambio comercial en el cual compensaremos con

víveres, medicamentos, maquinaria de precisión y hasta instrumentos agrícolas el valor de lo recibido. El valor o equivalencia de los distintos productos lo fijará una comisión compuesta por miembros de las dos ciudades.

—Comprendido. Política y papeleo. No hay tiempo para eso, profesor, y hasta creo que ya hemos perdido demasiado. Será mejor que ese señor Blunt entre con su gente en los aviones y que se marchen con viento fresco.

—No, Hansen. Necesitamos al menos sus aparatos; no hay comunicaciones de radio, sus aviones son rápidos y bien construidos y en cada uno de los dos transportes caben doscientos hombres. Voy a proponerles que nos arrienden esos transportes y dos cazas; pilotados por ellos y con observadores nuestros les enviaremos sobre Europa y sobre África en busca de supervivientes. Los que encuentren y quieran venir encontrarán nuestros brazos abiertos.

—La idea es buena, profesor; pero nos crea, de momento, dos graves problemas; el primero de ellos es que la ciudad submarina en construcción resulta de por sí algo estrecha para nosotros.

—-Lo sé, muchacho, y para resolverlo pienso habilitar debidamente los túneles de Oasis. Quizás más adelante sea factible la construcción de un pasadizo que ponga en comunicación la ciudad submarina con la subterránea.

—El otro problema… Si cuando llegue el momento que todos tememos, esos presumidos de Ontario persisten en su actitud…

—Hasta entonces haremos todo lo posible por convencerles de su error. Luego… no habrá remordimiento en nuestras conciencias por lo que pueda ocurrirles. Ellos mismos se lo habrán buscado.

Las horas fueron transformándose en días y éstos en meses mientras los trabajos proseguían sin interrupción. En su lucha contra el tiempo, todos se afanaban por terminar todo aquello de que dependía su propia salvación, y si de algo pudo quejarse el grupo expedicionario canadiense fue del relativo abandono en que se les tenia. Sus ingenieros y técnicos, mezclados con los operarios, veían, ponderaban y tomaban notas. Sus pilotos y especialistas cruzaban el espacio yendo y viniendo hasta Ontario, informando, comentando, explicando y hasta enalteciendo el alto espíritu de aquellos hombres que en un rincón remoto de Suecia no desperdiciaban un solo instante de su precioso tiempo. Los transportes exploraban las tierras inhóspitas y desoladas de la vieja Europa, se aventuraban hasta las llanuras desérticas del África y emprendían el regreso hasta Oasis repletos de carga humana.

Hallaron nutridos grupos de supervivientes desperdigados por la Tierra y en distinto grado de recuperación. Los más eran débiles y desamparados, cuyas pupilas brillaban de ilusión al escuchar las excelencias y adelantos que les referían. Otros sonreían escépticos, incapaces de comprender la verdad de aquellas palabras. Una gran mayoría contemplaba con recelo a los aviadores y acompañantes, temerosos de un terrible engaño, queriendo adivinar tras aquella cortina de felicidad una esclavitud despiadada y cruel, un trabajo forzoso en beneficio de unos cuantos lo bastante poderosos para organizar aquel reclutamiento, aquella leva en gran escala.

Y sin embargo, muchos embarcaban en aquellos aviones y partían hacia su nuevo destino pese a que aquellos hombres, a cambio de su trabajo, ofrecían las mismas condiciones y hacían las mismas promesas que a otros les parecían falsas: buena aumentación, cuidados médicos, casa confortable comodidades y la inclusión en la gran familia que todos formaban. A Oasis habían llegado gran número de españoles hasta entonces errantes por las altas mesetas de Castilla; franceses y belgas que echaban de menos su anterior bienestar; alemanes y suizos ávidos de saber y de prosperar; italianos y griegos, atezados y curtidos por los rigores del clima; holandeses, polacos y fineses, todos jóvenes y animosos, todos esforzados y decididos Llegaban también, en menor escala, árabes y marroquíes, etíopes y judíos; pero el contingente mayor provino de Inglaterra, de la Rubia Albión de otros tiempos, que ahora parecía haber sentido sobre su seno el latigazo cruel de la destrucción que la convirtiera en la tierra más desolada del mundo, el retumbo sonoro de las explosiones y convulsiones sísmicas de las bombas que hundieron en polvo, sus ciudades, arrasaron sus campiñas y praderas y redujeron a los super-vivientes a la esclavitud mortal de la miseria.

Para ellos fue necesario habilitar dos nuevos transportes aéreos llegados de Ontario y que multiplicaban sus vuelos hasta Suecia. En Oasis, convertida ahora en nueva Babel, el incremento de la población ocasionó los naturales trastornos y problemas que el profesor Weissemer, sutilmente irónico y vengativo, encomendó a los hombres del coronel Forster. Los militares canadienses interrogaron, distribuyeron, alojaron y alimentaron a los casi seis mil nuevos pobladores; habilitaron cobertizos y locales, cocinas y comedores en donde se consumieron la mayor parte de los víveres destinados a la «compensación comercial» con su país y al mismo tiempo que se veían abrumados de trabajo pudieron reflexionar y sacar conclusiones de los relatos que a toda hora escuchaban. Nadie

había aleccionado a los fugitivos y sin embargo casi todos coincidían en suponer que en la guerra hubo un «algo» desconocido y diabólico que esparció su poder sobre la Tierra. (Llegaron incluso a hacer dudar al coronel Forster sobre el terrible poder del «gas nervioso» que, pese a la enorme dispersión que le suponían no pudo llegar hasta los lugares más recónditos de donde procedían aquellos hombres, no pudo tener la misma eficacia destructora en todas partes.

Y cada suposición, cada resquebrajamiento de sus convicciones se reflejaba en largos informes que un rápido aparato llevaba a Ontario...

En los cuatro meses que duró la afluencia de refugiados se terminaron las obras de la ciudad submarina, al menos en su parte protectora, y ahora se procedía a la instalación de las bombas que habían de expulsar el agua encerrada dentro del cilindro de vidrio de mil metros de diámetro y diez de altura que permanecía sumergido a veinte metros de profundidad. Los inyectores de aire estaban listos para crear una presión interior que nivelase la externa, y se procedía a montar la maquinaria llegada de Ontario, los complicados aparatos que emitían ondas ultrasónicas y que se instalarían en la costa y en islotes artificiales formados por amontonamientos de rocas. Con ellos crearían la bóveda invisible que había de proteger la ciudad contra ataques aéreos originando la explosión de los artefactos que se dirigiesen contra ella a una altura en que sus efectos destructivos n0 dañasen su existencia. Extraída el agua, se dividiría su interior en cuatro pisos y se multiplicarían las habitaciones que aseguraban alojamiento, un tanto estrecho y apretado, a más de nueve mil almas El resto permanecería en Oasis en donde aún estaban todas las instalaciones vitales, las fábricas y los talleres.

En cuanto al proyecto Kristian...

Los técnicos canadienses, ingenieros y especialistas, se extasiaban ante el mágico espectáculo del cohete que parecía surgir de la nada avanzando a pasos agigantados hacia el fin de su montaje El monstruoso huso acerado, erguido entre las dos torres metálicas en posición vertical, apoyaba en sus cuatro aletas directrices el peso ingente de más de la mitad de su fuselaje. Cuadrillas de obreros se distribuían el trabajo con una precisión y un orden admirables. Había unos dedicados a remachar las planchas de acero que se izaban hasta sus andamios, otros adosaban a la envoltura externa las gruesas placas de vidrio aislante que formaban el casco interior, otros más poblaban los departamentos recién

montados con los instrumentos y maquinas marcadas en los planos. Mecánicos, electricistas, ajustadores, expertos en telefonía, radar y televisión tendían los kilómetros de cable que formaban el sistema nervioso, las venas y arterias de la aeronave que distribuían por toda ella la energía proporcionada por *st* corazón atómico. Por la parte de afuera otros grupos pintaban de blanco la estructura del cohete, medio preventivo para defender de los ardientes rayos solares de las alturas infinitas

Chirriaban las grúas, gemían las locomotoras eléctricas y golpeaban secas las vagonetas. El retumbo del trabajo, mezcla de golpes metálicos, martilleo sonoro de remachadoras, silbar estridente de sopletes, vigoroso fragor de planchas metálicas, gritos, voces, risas y hasta canciones alegres, se elevaban hacia lo alto entre las miradas inquietas de otro grupo de hombres, de aquellos que se sentían como responsables de la suerte de todos los demás, y que también alzaban la vista al cielo implorando a un tiempo la ayuda divina y temiendo ver aparecer en el firmamento el preludio amenazador de la tragedia.

—Estoy seguro de que triunfaremos, Cristina —susurraba Hansen—. Si Dios nos concede tan sólo un mes de tiempo—, sólo treinta días, nuestra voluntad indomable de trabajo habrá hecho el milagro.

—Te creo, querido —repuso la muchacha—. Pero por si acaso pediré a Dios que ese mes de tiempo tenga treinta y un días en lugar de treinta.

—Si tú se lo pides —dijo risueño «el sueco»— tengo el convencimiento de que El te lo concederá.

Casi al mismo tiempo el profesor Weissemer recibía la visita del coronel Forster, cariacontecido y con la preocupación reflejada en el semblante.

—¿Qué le ocurre, coronel?

—-Nada y mucho, profesor Weissemer. Acabo de convencerme de que he sido un solemne estúpido. Si, profesor; un estúpido, con mayúscula, aunque tengo la atenuante de mi propia ignorancia.

—Siempre es tiempo de reconocer los propios errores —repuso amable Weissemer.

—En mi caso ese tiempo es demasiado corto. El aparato correo acaba de traerme un comunicado de un general de estado mayor, de un hombre que dedicó gran parte de su vida a la convivencia con la más mortífera de nuestras armas: el «gas nervioso» de la pre-guerra.

—¿Y bien?

—Ese gas, como respuesta a los informes enviados por mí, no pudo afectar a la superficie del planeta en la forma que usted dijo al principio y los refugiados han confirmado con sus relatos. Tuvo usted razón desde un principio y nosotros estuvimos equivocados. Ahora me doy cuenta de que el enviado de usted, el señor Frank, tuvo razón al decir que nuestra actitud en Ontario podía llamarse fanfarronería; lamento tener que confesarlo, pero me avergüenzo de la actitud que hemos mantenido y agradezco también la delicadeza de todos ustedes al no pretender imbuirnos por la fuerza sus creencias.

—Tal vez hubiera sido mejor hacerlo así, coronel. ¿Qué van a hacer ustedes ahora?

—No lo sé; los míos me han comisionado para una misión difícil, una misión que me da miedo.

—Resulta extraño oír hablar de miedo a un militar.

—¿Pero es que no comprende usted el alcance de mis palabras, profesor? Esto puede significar la guerra, una guerra entre Ontario y Oasis concretamente agudizada por el peligro de nuestra inminente destrucción.

—Sería lamentable que tomasen esa actitud —dijo fríamente Weissemer— porque le aseguro que sabríamos defendernos. Tenga presente que hemos estados preparándonos contra un enemigo muy superior en medios e inteligencia a la muy orgullosa y potente Ontario.

—Ya lo supongo, profesor —murmuró contrito el militar—. Lo que me ha sido encomendado es preguntarle si estarían dispuestos a acoger en Oasis a lo más selecto de nuestra población, a los hombres de ciencia, a los técnicos, a los especialistas y a los militares. ¡Los demás…

—No puedo garantizarle nada, coronel. Si quiere aceptar mi consejo, escúcheme: Ustedes han dado a su ciudad el nombre de Ontario como recuerdo de la comarca de igual apelativo; pues bien, diríjanse, según su posición hacia la Bahía de Hudson por el norte o hacia el Lago Superior por el sur. Trabajen de prisa, construyan ciudades submarinas que nosotros no regatearemos esfuerzo alguno para ayudarles dentro de nuestras posibilidades.

—No hay tiempo, profesor —dijo— Forster inmensamente pálido.

—Es posible, coronel, pero con una voluntad indomable como la nuestra, con un ansia desesperada de trabajo como la que hemos demostrado en Oasis, se puede luchar contra el tiempo sin perder la

esperanza de un milagro. Recuérdelo, coronel; hace falta una voluntad indomable.

CAPITULO VIII

LA SALIDA DEL ˝KRISTIAN˝

LA rudeza del invierno había acompañado la última fase de las construcciones. Los fríos, intensos y despiadados, se habían ido acentuando desde la llegada de los refugiados y una impoluta capa de nieve alfombraba la llanura cubriendo las edificaciones y cobertizos, disimulando la silueta blanca del aerocohete y haciendo resaltar el esqueleto negro de las torres metálicas que se alzaban en sus dos lados. Unos puntos movedizos se afanaban quitando la nieve que obstruía el conducto de salida de gases socavado en el suelo y que torcía en ángulo recto para emerger de nuevo a la superficie cuarenta metros más lejos. Los obreros daban los últimos toques a la plataforma elevadora que había de conducir a los tripulantes hasta la abertura de entrada de la nave, y en medio de un profundo silencio se acercaban velozmente dos vehículos provistos de patines, deslizándose sobre la tierra nevada.

El *Kristian,* nombre con que había sido bautizado el cohete sideral, iba a partir en vuelo de prueba. Era la sugerencia que Hansen, encerrado en las profundidades de Oasis había hecho al profesor Weissemer.

—Iremos a la Luna y el viaje servirá para mostrarnos las condiciones favorables o los defectos de nuestra nave sideral.

— ¡Pero, muchacho! ¿A la Luna, precisamente?

—Sí, profesor. Precisamente a la Luna, porque allí está el centro perturbador que interfiere nuestras comunicaciones por radio, porque indudablemente «alguien» ha tenido que instalarlo allí y porque la vez que intentamos destruirlo podremos averiguar muchas cosas acerca de nuestros enemigos invisibles.

—Puede que tengas razón, Hansen —concedió Weissemer al mismo tiempo que Cristina le miraba con expresión de temor—. Pero arriesgamos demasiado en nuestra primera salida.

—Tenemos que hacerlo; es preciso, profesor Weissemer, Una tripulación armada vendrá conmigo y no habrá dificultades. Además —sonrió —necesitamos también probar las armas que hemos construido, los explosivos nuevos y los equipos que vamos a llevar; nada de ello podemos hacer aquí en la Tierra.

Hacía tiempo que desaparecieron los aviones canadienses llevándose a sus dotaciones. El coronel Forster no quiso obligar a

nadie a que le acompañara en el vuelo de regreso, después de haber explicado claramente el error en que estuvieran y tanto los hombres como las mujeres, en un gesto valiente ante las pocas probabilidades de sobrevivir que les aguardaban, regresaron al Canadá con la sola excepción de Ketty Fraser, que presentó la dimisión de su cargo, menos por egoísmo y temor que por el deseo de convertirse en esposa de Karl.

Corno medida preventiva, los cinco aviones de que ahora disponían patrullaban sobre el océano para prevenir cualquier reacción desesperada que pudiese llegarles de allende el mar, había grupos armados de guardia en la superficie y las defensas antiaéreas estaban pendientes de sus pantallas individuales de radar, atentas a la detección de cualquier signo alarmante. La ciudad submarina, terminada y completa, alojaba ya lo más esencial de Oasis juntamente con las mujeres, los niños y multitud de hombres. Casi otros cinco mil acondicionaban los subterráneos recubriéndolos de planchas de vidrio, y una pequeña minoría se agrupaba en torno a Hansen, a Cristina y al profesor después de haber sido elegidos para formar parte de la tripulación del *Kristian*. Treinta hombres y mujeres iban a partir con Hansen «el sueco». De ellas eran las principales Cristina Tegel y Ketty Fraser; en el grupo de hombres no podían faltar los incondicionales del ingeniero; Pierre «el francés», Hans «el alemán», Karl «el rubio», Engel, Festen…

Jonás había sido puesto al frente de la ciudad submarina, y el profesor Weissemer…

—Soy demasiado viejo, Hansen; el tiempo me ha convertido en un trasto inútil y mis días están contados. Me quedaré en Oasis, en la ciudad que ayudé a construir y en donde están enterrados todos mis recuerdos, agradables o tristes. Cuando llegue mi hora haré frente a la muerte con entereza y valentía. La misión que me impuse estará cumplida y sólo quedará poner sobre mi tumba un epitafio sencillo.

—No hable así, profesor —cortó Cristina—. Dice beni Hansen: su puesto está en el *Kristian* porque se lo ha ganado por derecho propio, porque usted merece ver por sí mismo la culminación de su obra.

—No, muchacha, no. Yo duraré poco y deseo reposar en paz sobre la misma tierra que ayudé a defender. Perdido en la inmensidad del espacio, encerrado en una tumba ignorada de la Luna o cualquier otro astro, mis viejos huesos no encontrarían la paz y el descanso que necesitan.

Nadie había visto nunca tan pesimista al profesor Weissemer y

es que nadie quiso contemplarle desde el punto de vista humano para apreciar tan sólo sus magníficas cualidades. Encogido en su sillón de ruedas, brillantes sus ojillos ratoniles tras los gruesos cristales de las gafas, menudo e insignificante, por todos los poros de su cuerpo parecía escaparse la energía que siempre animó su vida.

Cristina le miró compasiva y vio en él un viejecillo de cara arrugada por los años, un triunfador de la vida que al final quedaba vencido por ella. Sintió pena por aquel hombre que fuera para todos un segundo padre y orgullo al mismo tiempo por haber trabajado con aquel alemán afincado muchos años en Suecia hasta el punto de considerarla como su verdadera Patria.

—Es verdad, Hansen —murmuró—. No tenemos derecho a turbar los deseos del profesor. El sabe por qué quiere quedarse.

—Sí, Cristina —dijo Weissemer—. Quiero quedarme porque sé cierto que no llegaría siquiera a la Luna. Hace tiempo que vengo tomando estimulantes en un intento desesperado de prolongar mi existencia, pero ahora he roto las ampollas porque no las necesitaré más. Dejaré que se extinga el poco aceite que aún queda en esta vieja lámpara, y cuando la luz se apague mi espíritu pasará a la eternidad con una íntima, satisfacción. Mi adiós cuando despegue el cohete será definitivo.

—Basta, profesor —cortó Hansen—. Ya nos ha pintado un panorama excesivamente tétrico; nadie muere hasta que llega su hora y usted puede estar equivocado.

—Una vez confié en estarlo; ahora lo lamentaría.

Dejando al viejo con sus fúnebres pensamientos, Cristina y Hansen regresaron a la superficie para dirigirse hacia el cohete que debía partir a la mañana siguiente. Enhiesto y potente, el *Kristian* apuntaba al cielo con su proa corno intentando apartar los copos de nieve que resbalaban sobre él. En sus costados su dibujaba la línea que señalaba la presencia de los motores-freno encerrados en sus alvéolos metálicos y las protuberancias de los equipos de radar y televisión instalados a popa, babor y estribor que reflejaban sus imágenes en una serie de pantallas instaladas al efecto en la sala de control. Ya se habían montado las persianas automáticas sobre las cuales actuaba un termostato y cuyo cometido no era otro que regular la temperatura interna en caso de que fallaran los mecanismos de acondicionamiento de aire. También estaba en su sitio el espejo solar, una plancha curvada de acero bruñido que concentraba los rayos del sol sobre un tubo lleno de mercurio cuyos vapores ponían en marcha un turbogenerador capaz de producir

una energía eléctrica de 32 kilowatios.

Las últimas cajas de víveres y alimentos concentrados estaban siendo estibadas en los pañoles; se había hecho acopio de sustancias nutritivas porque a pesar de que la distancia quedaría cubierta en poco más de cinco días, bueno era poder hacer frente a cualquier contingencia desfavorable. En el suelo, resguardados por unas lonas, estaban los dos pequeños automóviles y el sencillo autogiro de palas plegables que debían acompañar al cohete.

—-Es hermoso, Hansen —dijo Cristina contemplando el ingenio volador y asomando su naricilla enrojecida por el frío entre la vuelta de pieles de su capucha—. Me habría gustado conocer al hombre que lo diseñó.

—¡Protesto! —exclamó Hansen—. Si así fuera ninguno de nosotros dos estaría probablemente aquí en estos momentos, no estaríamos deseando que llegue el instante de saborear juntos el futuro; hasta puede que ni siquiera nos hubiésemos enamorado.

La atrajo hacia sí y la besó en los labios con infinita dulzura.

—Bienvenida a bordo, Cristina —murmuró después.

—¡Pero, Hansen! ¡Si partimos mañana!

—Mañana habrá demasiada gente en el *Kristian* para que pueda besarte.

—Y estarás tan ocupado que probablemente tampoco tendrías ocasión.

* * *

El atronador rugido del motor atómico se escuchó en muchos kilómetros a la redonda. A cuarenta metros de la popa del cohete, escapándose por el terminal del túnel reflactor de gases, brotó un turbión de nieve, barro, tierra y humo saliendo disparado a lo alto. Hansen «el sueco», en la cabina de mando, había cerrado los conmutadores de la televisión que en rápida sucesión de imágenes trajo hasta él los rostros emocionados de Frank desde la ciudad submarina y del profesor Weissemer desde Oasis, dándoles el último adiós. Sus ojos recorrieron el enorme salpicadero escrutando las esferas graduadas de los indicadores, y con pulso firme adelantó la palanca de gases aceléramelo el escape.

Desde las pantallas que en la Tierra seguían la silueta del cohete le vieron elevarse despacio, tanto que en el primer segundo recorrió apenas cinco metros. Las torres metálicas se desplomaron como castillos de naipes bajo el influjo violento de los gases, y el *Kristian* cobró velocidad, aumentó gradualmente su altura y en veinte

segundos desapareció a la vista de todos, dejando en la altura un tenue rastro blanquecino que poco a poco iba difuminándose entre la masa algodonosa de los copos que comenzaban a caer. A partir de entonces, sin contacto por radio, su marcha sería seguida por radar.

Allá en lo alto, teniendo a su lado a Kurt Engle, segundo comandante, Hansen sonreía satisfecho al ordenar por el teléfono interior:

— ¡Atención, control! Conexión del giropiloto automático.

Ninguna mano humana iba a tocar los mandos del *Kristian* hasta el momento de su aterrizaje en la Luna, previsto para cinco días después, según los cálculos efectuados y el momento favorable elegido para la salida. La regulación del vuelo y las maniobras necesarias habían de ser tan exactas que sólo a una máquina podían ser confiadas.

Habían abandonado la tierra, en vuelo vertical y ahora el piloto automático actuaba sobre los timones para hacer describir a la aeronave casi un ángulo recto que la conducía en una dirección sensiblemente horizontal.

—Hora de despegue: 6’55 de la mañana. Será llamada «hora cero» —advirtió la voz de Engle desde la sala de control ubicada debajo mismo de la cabina de mando.

—Aquí control —sonaba poco después la voz armoniosa de Cristina Tegel—. Motores en marcha normal.

—Ya lo veo por los indicadores, Cristina —dijo Hansen burlón.

—Lo sé, cariño —agregó la muchacha—; pero es que estoy un poco nerviosa y oyéndote hablar me tranquilizo, Hansen.

—Si es por eso tienes permiso para comunicar cuando lo desees, siempre que no interfieras las advertencias de los demás.

—Gracias, Hansen; te aseguro que no seré pesada.

—Ochenta y cuatro segundos después de «hora cero». Datos del horizonte artificial: ángulo de subida, veinte grados cinco minutos. Soy Engle, desde control de vuelo.

Para entonces el altímetro daba una altura de 40.000 metros sobre el nivel del mar y el cuenta-velocidades señalaba 8.460 kilómetros por hora.

Las pequeñísimas fracciones de tiempo pasaban veloces, sin sentirse apenas entre el enorme silencio que llenaba el cohete.

—Aquí control de vuelo, Doscientos ocho segundos después de hora cero.

—Altura en metros, 65.000 —cantó Festen—. Velocidad, 23.120 kilómetros hora.

Era maravillosamente fantástico. La aceleración progresiva originada por los motores originaba aquellas altas velocidades que ninguno de cuantos habitaban el cohete experimentara jamás y conociera tan sólo de oídas. El centro de gravedad artificial la compensaba interiormente quitándole todos los efectos que pudieran afectar a los organismos humanos. El mismo Hansen, pese a dominar en teoría el proyecto, sentía crecer su asombro a medida que las agujas de los relojes eléctricos con su batir exacto marcaban el paso del tiempo.

—Control de vuelo a comandante. Doscientos noventa y dos segundos después de hora cero.

— ¡Altura, 106.000 metros! —chilló excitado Festen leyendo los indicadores—. ¡Velocidad, 29.740 kilómetros por hora!

—Centro de comunicaciones al habla —zumbaron los auriculares—. ¡Sin comunicación por radio. El radar indica que estamos a 1.130 kilómetros del punto de lanzamiento.

El ruido metálico de los peldaños anunció la llegada de un nuevo personaje. Vestía, como todos, un «mono» gris ajustado y flexible sobre el cual se acoplarían más tarde las escafandras de presión que necesitarían utilizar. Era Steve McAlister, un escocés larguirucho, de ralos cabellos sobre su pelado cráneo, nariz afilada y agudos ojos. Era experto en astronomía y sus cincuenta y dos años le prestaban cierto aire de autoridad. Llegado a Oasis con los fugitivos rescatados mediante aquellos aparatos canadienses, entró en funciones inmediatamente y Weissemer mismo le designó para formar parte de la tripulación.

Con su llegada, Hansen no se dio cuenta de que en el salpicadero estaba encendida la luz amarilla que señalaba la detención de los motores.

—¡Me gusta ser puntua! —saludó Steve— y ahora comienzan mis funciones. Vea la luz amarilla, señor Hansen. A partir del segundo doscientos noventa y dos después de hora cero, terminó nuestro vuelo impulsado; ahora seguimos merced al impulso adquirido y prácticamente somos ya un satélite artificial.

—¿Cómo prácticamente? —rugió Festen que no consentía veladas explicaciones.

—En efecto. Hemos alcanzado la altura de 106 kilómetros y para ello hemos dado media vuelta a la circunferencia de la Tierra y el impulso adquirido nos llevará hasta 1.750 kilómetros de altura.

Pero al pasar de una altitud a otra, la fuerza de gravedad ha actuado sobre nosotros reduciendo la velocidad. Véalo usted mismo, señor Festen.

La aguja del cuentavelocidades señalaba entonces 23.780 kilómetros por hora y temblaba hacia la izquierda con tendencia a bajar.

—Tal como ahora vamos, el *Kristian* recorre una trayectoria elíptica, inclinada con respecto al giro de la Tierra. Al dar otra media vuelta al globo descenderemos nuevamente a 106 kilómetros y al completar el giro otra vez subiremos hasta 1.730. Prácticamente somos un satélite artificial; pero como uno de los lados de nuestro recorrido cae dentro de las últimas capas atmosféricas, su insignificante resistencia, con ser muy baja, se iría acumulando hasta hacernos descender definitivamente.

Pareció quedar satisfecho Festen con la explicación mientras McAlister, con su eterna sonrisa en los labios, trepaba al observatorio astronómico.

La luz amarilla del salpicadero se apagó para ser sustituida por otra roja. Nuevamente estaban marcha los motores y la velocidad aumentó hasta 25.460 kilómetros por hora. Desde entonces la aguja del cuentavelocidades pareció soldarse a la cifra; ya no se desvió de allí ni un solo milímetro. Algo semejante le ocurría al altímetro; señalaba 1.730 kilómetros de altura en todos los puntos del recorrido del *Kristian,* que ahora describía un círculo perfecto en torno a la Tierra. Los motores se habían detenido nuevamente y la aeronave estaba convertida en en satélite artificial.

—Control de vuelo a comandante —llamó el teléfono.

—Diga, Engle.

—El vuelo ha tenido una duración de cincuenta y seis minutos sobre la hora cero. La impulsión de los motores ha durado exactamente trescientos segundos.

—Jamás lo creería —confesó Festen,—. En menos de una hora y con sólo cinco minutos de impulsión, nuestros motores han elevado a una masa de 8.000 toneladas hasta 1.730 kilómetros de altura.

—Pues eso no es nada, Festen —sonrió divertido Hansen—. Aguarde a que emprendamos la segunda etapa de nuestro viaje y sabrá lo que es bueno.

CAPITULO IX

LLEGADA A LA LUNA

DESPUES de alcanzar la altura que le convertía en satélite artificial, con los motores parados y a impulso de su tremenda velocidad, el *Kristian* dió seis vueltas a la Tierra en doce horas mientras los mecánicos repasaban concienzudamente la maquinaria y el equipo a lo largo de una minuciosa comprobación ordenada por Hansen al finalizar la primera etapa de su viaje.

La vida a bordo comenzaba a regirse por el horario estipulado cuando todavía se hallaban, sobre el suelo, y los tres turnos de guardia que se relevarían cada ocho horas ultimaban sus preparativos antes de iniciar su servicio. El comandante, los supervisores de vuelo y los especialistas en comunicaciones se dedicaban principalmente a comprobar la ruta, corregir las desviaciones y transmitir las oportunas órdenes desde la sala de control a la cabina de mando y viceversa. Les ayudaban los técnicos y científicos suministrándoles los datos que proporcionaban los «cerebros electrónicos», las calculadoras y giróscopos, cuadros de distribución y toda la gama de instrumentos delicados que estaban a su cargo. Pero los más atareados de todos eran los mecánicos y sus ayudantes, recorriendo constantemente los diversos pisos del cohete para revisar los depósitos, las tuberías y contactos eléctricos, las turbobombas e instalaciones mecánicas, el control remoto de las máquinas y los equipos de presión, para prevenir o reparar inmediatamente cualquier avería que pudiera producirse.

Hansen aguardaba en el comedor el informe de Karl, jefe de mecánicos, y de Ketty Fraser, su inseparable ayudante; sonreía recordando las bromas que todos gastaban a aquella juvenil pareja de enamorados que siempre parecía hallar un resquicio en su trabajo para dedicarlo a ellos mismos; pero cuando «el rubio» entregó el informe general, no pudo Hansen dedicarle ninguna cuchufleta burlona porque el muchacho había realizado una inspección a conciencia sin que pudiera hallársele ninguna falta.

—¡Muy bien, Karl! —alabó «el sueco»—. Has hecho un buen trabajo, según veo por el informe y… —no pudo reprimirse— por la cara de enfado que tiene Ketty.

Hubo risas contenidas entre aquellos que contemplaban interesados la imagen de la Tierra que una pantalla de televisión les ofrecía. Hacían la primera colación desde que salieran de ella y para

todos era motivo de estupefacción el verla girar sobre sí misma a tremenda velocidad.

—No, amigos míos —les decía el profesor McAlister—. Somos nosotros quienes volamos de prisa; la Tierra continúa tardando veinticuatro horas en dar una vuelta sobre su eje, pero nosotros damos doce vueltas en el mismo, tiempo en que ella da una. De ahí pueden deducir la tremenda velocidad a que nos movemos por el vacío negro y silencioso.

Hansen, desdeñando el elevador eléctrico, trepó por la escalerilla para alcanzar su cabina. Pasó primero por la sala de control y en ella halló a Cristina, ordenando unas notas que necesitaban para el vuelo.

—Bienvenido a mis lares, comandante —saludó la muchacha avanzando hacia él.

Hansen la tomó por la barbilla haciéndole alzar el lindo rostro.

—¿Se pasó ya ese nerviosismo, Cristina? —preguntó cariñoso.

—Sólo en parte, Hansen, porque ha sido sustituido por el temor. Créeme; tengo mucho miedo.

—También yo estoy soportando el mío, Cristina —confesó «el sueco»—, pero no tenemos más remedio que afrontar la situación.

—Si al menos hubiera contacto por radio… —suspiró la muchacha—. Si pudiéramos saber qué ocurre en la Tierra…

—De nosotros depende que se restablezca, querida. Hemos dejado atrás una civilización empeñada en una lucha desesperada por el porvenir, que ha laborado incansable durante doce años para conseguir una defensa vital y que espera un digno final a sus problemas. Nosotros no podemos defraudar sus esperanzas, cifradas todas en el viaje interplanetario. Quizá en época no lejana, centenares de cohetes semejantes al *Kristian* surcarán las inmensidades del espacio como aviación avanzada que prevenga a la Tierra de cualquier ataque, que ayude a defenderse a las ciudades submarinas que se esparcirán por todas partes.

—Siempre la guerra, Hansen —se quejó Cristian.

—Sí, muchacha. La guerra es algo connatural con el género humano y no puede morir mientras exista la Vida. Toda nuestra existencia es una guerra continua, un batallar constante contra la adversidad, contra las dificultades que se oponen a nuestro desarrollo, contra los obstáculos que se alzan en nuestro camino hacia el progreso. Una lucha que en nada se diferencia de la guerra aunque sus batallas resulten menos encarnizadas y sangrientas. Sólo de vez en cuando surge el peligro mortal y entonces hemos de

aprestarnos a la defensa, hemos de hacerle frente con energía y valor porque de él depende siempre la suerte de quienes en nosotros confían.

—Haces renacer en mí la confianza, Hansen, pero sin embargo no consigo alejar mi temor y me veo acosada por una serie de preguntas para las cuales no hallo respuesta adecuada. ¿Qué estará sucediendo en la Tierra? ¿Cuál será la actitud de Ontario con respecto a los nuestros? Y por último: ¿Qué vamos a encontrar en la Luna, Hansen?

—Confío en una perfecta normalidad por la que a las dos primeras se refiere. En cuanto a la última, puede que hallemos enemigos peligrosos, hasta es posible que todos muramos en ella… No lo sé, Cristina. He puesto mi confianza en la Providencia y mi propio valor en nuestro cariño. Dentro de cinco días podré darte una respuesta concreta.

Ella había apoyado su cabecita sobre el pecho fuerte de Hansen; sus magníficas pupilas se alzaron hasta él cuando los labios murmuraban unas palabras en las cuales se encerraba una promesa:

—Viviremos cada uno de los segundos de esos cinco días, Hansen. Considerados de uno en uno suponen toda una vida de felicidad.

Hansen hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para separarse de los brazos de la muchacha. La besó en la frente con dulzura y añadió:

—Gracias, Cristina. Procuraré corresponder a ése cariño.

Trepó rápido por la escalerilla que conducía a la cabina de mando y ocupó su puesto con rapidez, como queriendo alejar los pensamientos amorosos que llenaban su mente precisamente cuando más necesitado estaba de velar por la seguridad de todos cuantos iban en la, nave y de aquellos que en la Tierra esperaban su regreso.

Enchufó las clavijas del teléfono interior y llamó a la tripulación.

—¡Atención todos; habla el comandante! Ocupen sus puestos para emprender la segunda etapa de nuestro viaje.

Zumbó la plataforma eléctrica elevando a los hombres hasta los puntos designados. Minutos más tarde resonaba de nuevo la voz de Hansen.

—¡Atención, control! Aguardo informe del trazador de rumbos. Listos para fijar una nueva «hora cero».

La respuesta llegó a la cabina desde el observatorio astronómico situado encima de ella y desde donde el profesor McAlister leía los

indicadores de sus aparatos de precisión.

—El *Kristian* alcanzará la posición favorable dentro de cuatro minutos —advirtió.

—De acuerdo —repuso Engle desde el control, escuchando también aquellas palabras—. La nueva «hora cero» se fijará en las 19’,56.

—Listos los reactores —pidió Hansen.

—Reactores dispuestos —le contestó la voz de Cristina.

Giraban entonces en torno a la Tierra a una velocidad de 25.460 kilómetros por hora y necesitaban llegar hasta 31.375 para liberarse de la atracción del planeta. Hasta aquel momento su velocidad, la fuerza centrífuga del cohete, equilibraba el campo magnético que les atraía hacia el suelo dando como resultado la órbita fija alrededor de la cual giraban. Para emprender la nueva etapa, para verse libres de la invisible red que les retenía, entrarían nuevamente en funciones los motores atómicos proporcionando la única fuerza capaz de moverles en el espacio: la reacción.

Hasta la cabina de mando llegó la voz de Engle contando los segundos que les separaba de la «hora cero».

—….cuatro, tres, dos, uno… ¡cero!…

Y al mismo tiempo que se extinguían las vibraciones, la nave sideral se llenó con el suave zumbido de los motores y temblaron las agujas sobre las esferas graduadas de los indicadores. El salto entre las dos velocidades, la adquirida y la que necesitaban, fue efectuándose sin dificultades.

—Treinta y tres minutos después de hora cero —cantó Engle desde control.

Luego vinieron las comprobaciones rutinarias de Festen:

—Velocidad, 31.375 kilómetros por hora.

Lo dijo con el aplomo de quien tiene la seguridad de que tal cosa iba a ocurrir, y miró sonriendo a Hansen como en espera de respuesta.

—¡Paren los motores! —ordenó el comandante.

Y girando hacia su segundo agregó:

—Ya hemos puesto todo cuanto estaba de nuestra parte. La inercia y la atracción lunar se encargarán del resto.

Dos horas y cincuenta y cuatro minutos después de la hora cero se hallaban a 28.560 kilómetros de altura. Una hora y catorce minutos más tarde esta altura se había, convertido en 53.026 kilómetros. A las veinte horas de la iniciación de la segunda etapa,

el *Kristian* había alcanzado los 212.388 kilómetros de altitud. Todo seguía funcionando a las mil maravillas bajo la inspección constante de los mecánicos, y a intervalos que marcaba el «cerebro electrónico» se conectaban automáticamente los motores-freno reduciendo la velocidad. De los 31.375 kilómetros por hora conseguidos en el momento de la partida se había ido bajando paulatinamente a 16.894, luego a 12.872 y por último —velocidad del momento— hasta. 6.918 kilómetros por hora.

Cuatro días más permanecieron encerrados entre las paredes del *Kristian*, contemplando el disco argentado de la Luna que parecía aumentar a ojos vistas de tamaño con la misma rapidez que disminuía el azulado de la Tierra. Las instrucnes a la tripulación hechas a través del circuito perifónico de a bordo se sucedían constantemente. Todos sabían que en la superficie lunar había un constante bombardeo de meteoritos, algunos de gran tamaño y todos animados de enorme velocidad, que les obligaban a elegir el lugar de aterrizaje.

—Los que años atrás estuvieron allí —hablaba el profesor McAlister a través de los altavoces— dejaron constancia del lugar más indicado. No conviene desembarcar directamente sobre el ecuador lunar porque su temperatura media diurna alcanza los 140 grados durante un período equivalente a quince días terrestres. Tampoco nos interesa un lugar demasiado liso ni excesivamente accidentado, uno porque no ofrecería protección adecuada contra los meteoritos y otro porque podría causar averías a la nave. Hay, sin embargo, un lugar señalado para nuestro aterrizaje, el llamado «Sinus Roris» o Bahía Dewy, al norte de la zona denominada «Oceanum Procellarum» y a unos 1.050 kilómetros del polo norte lunar. Su temperatura media es de 4’4 grados y es despejada y llena, sin que por ello carezca de grietas y barrancadas estrechas donde guarecerse del bombardeo de meteoritos. Allí se posará nuestro *Kristian* y con la ayuda de Dios saldremos airosos de todas las dificultades.

El radar araba la superficie del satélite terrestre dibujando en el vidrio deslustrado de su pantalla el más detallado mapa sobre el que hacer apreciaciones de dirección y rumbo. El extraño centro de interferencias que anulaba las comunicaciones por radio continuaba lanzando sus destellos intermitentes que permitían localizar su posición.

McAlister y Engle habían llevado a la carta lunar el resultado de sus deducciones científicas.

—Nuestro aterrizaje será relativamente cercano al punto de

interferencias —anunciaron a la cabina desde la sala de control-— «Tomaremos luna» —ironizó Engle— a unos novecientos kilómetros de distancia.

—Ello indica —añadió McAlister— que nuestros desconocidos enemigos también poseen conocimientos detallados acerca de la superficie de la Luna, comandante.

Masculló Hansen unas palabras ininteligibles como respuesta y se ocupó en la inspección de los indicadores. Luego abrió el interruptor que comunicaba la red de altavoces.

—Comandante a tripulación —llamó—. Puedo anunciarles que estaremos dentro del campo gravitatorio de la Luna. A instancias mías, el profesor McAlister silenció todo lo referente al traspaso de la línea neutra y aunque me previno acerca de los cómicos incidentes que podrían ocurrir caso de fallar nuestro centro de gravedad artificial, persistí en mi empeño para efectuar por mi cuenta un pequeño experimento. Pido a todos los miembros de la tripulación me informen ahora de cualquier deficiencia notada, de la más mínima alteración de su equilibrio que hayan podido percibir; tengan en cuenta, que ello ha de redundar en beneficio de todos y que aún estamos a tiempo de corregirlo.

Nadie respondió en los siguientes minutos y Hansen tornó a dejar oír su voz para prevenirles:

—A partir de este momento los artilleros y observadores ocuparán sus puestos. Estamos dentro del campo visual del enemigo y necesito una vigilancia continua y eficiente. Darán cuenta de cualquier anormalidad al puesto de mando y a la sala de control. Eso es todo.

Cerró el conmutador y abandonó su asiento para descender al piso inferior. Miró hacia Cristina, atareada con sus instrumentos, y le sonrió animoso a tiempo de enviarle un beso con la punta de los dedos. Animado por la sonrisa acariciadora de la muchacha, continuó bajando los peldaños, recorrió personalmente todas las dependencias de la aeronave en una visita de inspección cuidadosa.

—Sin novedad, señor Hansen —le saludó Karl cuando llegó a sus dominios.

—Lo celebro, muchacho; ahora tome a todos sus hombres y aseguren y amarren todos los objetos que puedan desprenderse.

Ketty Fraser le detuvo en uno de los pasillos cuando se disponía a regresar a la cabina de mando.

— ¡Señor Hansen! —llamó.

—¿Ocurre algo, Ketty?

—Nada, salvo decirle que todos nosotros confiamos en usted y que puede contar con nuestro esfuerzo para…, para todo cuanto sea necesario.

—Gracias, Ketty. Le aseguro que lo tendré en cuenta.

El tiempo había pasado de una manera insensible, marcado tan sólo por el descenso de la velocidad, aun sin necesidad de los motores-freno. Actualmente avanzaban a sólo 1.287 kilómetros por hora y la superficie áspera de la Luna se iba dibujando cada vez más claramente. El eco de las ondas eléctricas enviadas por el radar daban una distancia de 37.972 kilómetros hasta la Luna y aunque el impulso de la inercia se había reducido prácticamente a cero, sin atmósfera ninguna que frenase el descenso de la aeronave corrían peligro de estrellarse contra la superficie de la Luna a una velocidad que sobrepasaría los 9.000 kilómetros por hora en el momento del choque.

—Cierren contactos de los motores-freno —ordenó Hansen—. ¡Atención control! Listos los volantes inversores de posición.

El mecanismo de cambio de posición se hallaba instalado en el departamento de máquinas auxiliares y consistía en tres volantes movidos por motores eléctricos, cada uno de los cuales estaba en ángulo recto con relación a los otros dos… Uno actuaba en el sentido de la marcha, es decir, a lo largo del eje longitudinal del cohete. El segundo era paralelo al eje transversal, a modo de rueda de timón de un barco, y el tercero giraba en un plano horizontal, como el timón trasero de un camión remolque.

Desde la sala de control fué accionado el volante que actuaba en sentido longitudinal y el *Kristian* comenzó a girar lentamente, dando una vuelta de campana complete para apuntar con su cola hacia la Luna que en aquellos momentos se movía a la velocidad de 3.668 kilómetros por hora pérpendicu- larmente a la trayectoria de la aeronave. El «cerebro electrónico» comenzó a funcionar como respuesta a los datos que se le pidieron. Un piloto automático se hizo cargo de la dirección de] vuelo y un tercer mecanismo electrónico fue conectado a la puesta en marcha de los motores principales.

El momento final se acercaba. Había llegado el momento de posarse sobre la Luna y una angustiosa expectación sobrecogía a todos los tripulantes del *Kristian* que hacían esfuerzos por contener sus nervios. Aún fue necesario hacer virar el cohete, desviado por la atracción de la Luna que asomaba por uno de sus costados, para llevarlo en la nueva dirección. Luego, desde una altitud de 885 kilómetros, entraron en acción los motores atómicos frenando la

caída de la nave. La sacudida producida por su rebufo violento se percibió dentro de ella y la fuerza de la gravedad semejó aumentarse. Casi al mismo tiempo salieron de los timones de dirección cuatro grandes soportes telescópicos, a manera de enormes pies movidos por un mecanismo hidráulico, que serían los primeros en soportar el choque contra la superficie.

Descendieron cada vez más lentamente, como un helicóptero a punto de posarse. Próximos ya al suelo, los soportes telescópicos se alargaron todavía más entre el ardiente resoplido de los motores. Las grandes llamaradas verdosas proyectadas por éstos se posaron sobre la superficie lunar y unos gigantescos remolinos de polvo gris parduzco se levantaron de ella, por efecto del rebufo, envolviendo al *Kristian.* El pilote automático pareció multiplicar sus esfuerzos; se incrementó la velocidad de los motores cuando pudo apreciarse que el contacto sería demasiado brusco, durante unos segundos interminables se balancearon sobre el extremo de uno de los soportes exteriores, luego sobre dos y por último sobre los cuatro, que cedieron lentamente introduciéndose en sus alojamientos de los timones. Eí *Kristian* quedó definitivamente inmóvil, cesó el zumbido de la maquinaria y se produjo un absoluto silencio. Las nubes de polvo resbalaron a lo largo de las paredes externas y ante los ojos asombrados de los tripulantes se ofreció el espectáculo de un terreno plomizo, agrietado por profundos surcos, mordido por los cráteres, abultados por las elevaciones, aserrado por los barrancos y hundido bajo una pesada capa de tierra cenizosa.

Ningún grito, ninguna exclamación de júbilo saludó el espectáculo. Todos lo contemplaban entre sorprendidos y temerosos, sobrecogidos y anulados por su ingente grandeza. Cristina Tegel, abrazada a Hansen, murmuró una plegaria fervorosa. Ketty Fraser, con los ojos desmesuradamente abiertos, absorta ante la pantalla de televisión, semejaba ignorar la presencia de Karl. Loe hombres se miraban graves y ceñudos, nerviosos y desasosegados. Semejaba como si en lo más íntimo de sus almas lamentasen haber conseguido un triunfo rotundo. Parecían como aterrados ante la inminencia de pisar la Luna después de más de cuarenta años que el hombre llegara a ella.

—La emisora cuatro se quedará aquí —ordenó Hansen por el micrófono que desde el interior de su traje de presión le comunicaba con sus hombres.

Ofrecían un aspecto desusado y fantástico con aquellas vestimentas amarillas coronadas por la esfera transparente de plástico que encerraba la cabeza. A la espalda llevaban los depósitos

individuales de oxígeno, la cimbreante varilla de la antena y el diminuto reactor individual movido por alcohol y oxígeno líquido. Al cinto se sujetaban las pistolas con proyectiles atómicos, las cuerdas de seguridad y los paquetes de explosivos.

Un grupo de quince hombres había salido del *Kristian* para ir en busca del centro perturbador y. en previsión de los acontecimientos dejaba escalonadas en su ruta una serie de emisoras automáticas que mantendrían el contacto con la nave más allá del radio de cien kilómetros en que estaban aseguradas las comunicaciones. Habían salvado desniveles y asperezas del terreno, removido a su paso las capas de polvo astral y trepado sobre cráteres y circos pétreos. Sus reactores individuales facilitaron la labor y aquellos cuerpos que encontraban una ligereza extraordinaria debido a que su peso era la décima parte del habitual en la Tierra, salvaron en poco tiempo la distancia que les separaba del centro perturbador.

Hansen, McAlister y Festen se asomaron ahora sobre el borde de un cráter. Un rápido signo hizo ascender a los restantes hombres y todos contemplaron el espectáculo.

En el fondo del cráter se alzaba una joroba metálica, una semiesfera azulina de cincuenta metros de diámetro cuyo polo visible estaba rematado por el transparente ventanal de un encristalado. Aun sin ver ningún destello porque la carencia de aire imposibilitaba la transmisión de ondas luminosas, adivinaron la presencia latente y siniestra de aquello» que impedía las comunicaciones.

—No voy a pararme en averiguaciones —musitó Hansen a través del micrófono—. Que me acompañen cuatro hasta esa esfera. Los demás permanecerán a la expectativa en este sitio.

—Yo iré también, Hansen —pidió Fester

—No; usted puede dirigir el cohete en su viaje de regreso… si es que hay regreso, en caso de que a mí me sucediera algo.

Desdeñando las precauciones, Hansen y sus cuatro acompañantes descendieron a grandes brincos —de ocho metros de longitud— por la Vertiente del cráter. Nada anormal encontraron; ningún ser desconocido hizo acto de presencia, pese a que todos lo esperaban. Llegados junto a la esfera, al apoyar sus manos sobre la lisa pared, percibieron un zumbido monótono[1] y una sensación de calor. Dieron la vuelta en torno suyo hasta encontrar una abertura practicable.

—Una esclusa de presión como las que tenemos en el *Kristian* —murmuró uno.

—Debe haber gente dentro; vayamos con cuidado —repuso otro.

—Eso es lo de menos —cerro Hansen—. Si alguien hay dentro ya hace tiempo que nos habrá detectado.

Inutilizaron la puerta estanca con una descarga eléctrica de la batería que llevaban. Ante ellos apareció una escalerilla y llevados de la misma osadía que les prestaba su rayana desesperación treparon por ella. Solamente máquinas, instrumentos delicados llenaban la estancia. Indicadores, volantes, conmutadores, baterías, extraños depósitos y tuberías interminables. La inspección duró poco rato y cuando Hansen se convenció de que tan sólo ellos ocupaban aquella joroba metálica, agarró una pesada llave que encontró sobre un anaquel y comenzó a descargar golpes terribles sobre aquel cúmulo de aparatos como si estuviese atacado de locura. Le imitaron excitados sus hombres y bien pronto brotaron fogonazos deslumbradores, chispas rutilantes, cascadas luminosas que poco a poco se fueron aminorando hasta desaparecer. Cesó el zumbar monótono de las máquinas, disminuyó la sensación de calor observada y los cinco intrusos se miraren unos a otros, desasosegados, como niños a quienes se sorprende en plena travesura, temerosos de su propia obra destructora.

—Salgamos pronto de aquí —dijo nervioso Hansen después de asegurarse del destrozo.

No pronunciaron casi palabras al reunirse con quienes les aguardaban al borde del cráter y el mutismo fue en aumento al recorrer a la inversa el camino que antes siguieran. Sólo ante la visión del *Kristian,* erguido sobre la llanura plomiza, se escapó un suspiro de todos los pechos y los reactores zumbaron al máximo como ansiando hallarse dentro de sus muros protectores.

La esclusa de presión les recibió por su hueco Hansen apretó el botón que cerraba la puerta, aguardó con todos a que la luz roja se transformase en verde indicándoles paso franco y luego corrió hacia la plataforma elevadora sin parar mientes en los hombres que le seguían.

Fue al llegar a la sala de control cuando Cristina se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Hay comunicación con la Tierra! ¡La radio funciona, Hansen!

El sueco dejó caer la esfera de plástico que se quitara, al entrar y con mano temblorosa asió el micrófono que Engle, tan emocionado como él, le entregaba. Se acercó al receptor y sintiendo resbalar las lágrimas de sus ojos dijo entrecortadamente:

—Aeronave *Kristian* llamando a la Tierra. Respondan…

respondan, por favor.

Un zumbido fuerte salió por el altavoz y de entre los parásitos atmosféricos, débil y sibilante, brotó la respuesta ansiada:

—Tierra contesta a *Kristian.* Habla Frank desde la ciudad submarina.

Nadie escuchó las emocionadas palabras que les arrojaba al rostro el altavoz, no atendieron a las frases encomiásticas, a las felicitaciones y alabanzas de sus coterráneos. Había lágrimas en todos los ojos y sollozos contenidos en las dos mujeres.

Con la mirada perdida en el infinito, con paso de sonámbulo, Hansen «el sueco» se acercó a Cristina, la estrechó con fuerza entre sus brazos y murmuró con voz ronca:

—Hemos conseguido nuestra primera victoria, Cristina, y eso me hace confiar en el futuro. Nos salvaremos, venceremos como ahora sobre esa amenaza latente que pende sobré nosotros y hasta podremos saborear aquella felicidad que tantas veces hemos nombrado y a la que tenemos derecho.

La respuesta de Cristina consistió en ofrecerle sus labios. Con ellos unidos por un beso permanecieron como ausentes de cuanto les rodeaba, ajenos a todo pensamiento que no fuese su cariño. Por eso no pudieron escuchar las palabras del transmisor, la voz de Frank que comunicaba:

—...el profesor Weissemer ha muerto; murió sin llegar a conocer el primer triunfo, pero nunca perdió la esperanza de que se realizara...

La muerte resultaba ridícula ante la vida que semejaban crear Hansen y Cristina. Pero en el futuro, la vida y la muerte habían de caminar cogidas del brazo en mutua y desesperada pugna por triunfar.

FIN

INDICE

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.° 1 en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La Abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos Mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el Mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3 Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Jos Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*

LOS HOMBRES DE NOIDIM

seres venidos de un extraño y remoto mundo, empujados por una necesidad acuciante. Hombres llegados hasta la Tierra para asegurar la supervivencia de su raza y de su civilización.

LOS HOMBRES DE NOIDIM

es la nueva obra de

L A R R Y   W I N T E R S

en donde se trazan y bosquejan los resultados de una terrible lucha que no tenía más final que el exterminio de los terrestres.

Una nave sideral surcaba el espacio, y a los hombres que la tripulaban les cupo la honra de ser los primeros en obtener una victoria parcial. No regresaron a la Tierra y no conocieron el final de sus hermanos.

LOS HOMBRES DE NOIDIM

escrita por

L A R R Y   W I N T E R S

es la novela que cautivará su atención y que le ofrecerá en su próximo número la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio: 5 pesetas

Notas

[←1]

Ya se ha advertido que los sonidos no se transmiten en el vacío. Solamente se pueden percibir las vibraciones de un objeto «escuchándolas» a través del mismo al tocarlo. Las ondas sonoras se transmiten hasta el cuerpo de quien está agarrado a ese objeto y la «escucha» se hace posible de esta forma.